

# EL REFUGIO DE LA MENTE

Marisa Palomo y Gabriel Morales

PARTE I

# Désirée Rebelle

## I

—No hace falta que te quedes, Dési —me dijo mi padre.

Yo quería responder que quería quedarme, pero las palabras no me salían. Solo podía mirar a mi madre en esa fría cama de hospital, entreabriendo los ojos a cada momento, hablando débilmente de vez en cuando. Al ver que yo seguía allí, mi madre me miró fijamente y me dijo:

—Tu padre tiene razón, yo estaré bien. Ve a descansar.

—Mamá, quiero quedarme. No estoy cansada.

—Ve a casa, Dési —insistió mi padre—. Yo me quedaré aquí hasta que Marie se recupere.

Lo último que los médicos nos habían dicho era que el estado de salud de mi madre era delicado, y que le costaría mucho recuperarse. Mi mente fantasiosa no pudo esperanzarse ante mi parte lógica. Ella estaba bastante mal. El infarto al corazón casi nos la había arrebatado, no quería ausentarme mientras su salud estuviese tan delicada. ¿Qué pasaría si ella se iba sin poder despedirse de mí?

—Dési, estaré bien, no te preocupes —me tranquilizó—, soy fuerte. En unos días estaré como nueva.

Mis lágrimas dificultaron mi visión. Las sequé al instante y asentí. Tenía que mostrarme optimista, seguramente me estaba preocupando de más. No, nunca es demasiada preocupación.

—Está bien —dije mientras les daba un beso a cada uno. Salí y miré al médico que había atendido a mi madre.

—Se pondrá bien, Désirée —dijo con una leve sonrisa.

Asentí intentando alegrar mi expresión y seguí mi camino para salir del hospital. Salí por esas puertas con el alma pesándome horribilmente, sentía que estaba traicionando a mi madre por dejarla en un momento así, pero no era más que una separación temporal como otra cualquiera, como todos los días, solo que ahora ella no se encontraba bien.

Durante el camino a casa mi teléfono móvil sonó varias veces, aunque no lo atendí. A decir verdad, había sonado ya varias veces durante ese día. El sol se estaba poniendo, habían pasado horas desde que ella había caído tras quejarse ante lo que se

avecinaba. Habían sido horas terribles. Tendría que encontrar algo para distraerme de esos pensamientos.

Entré en el apartamento familiar, me senté en el sofá del salón y cerré los ojos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Mi madre se recuperaría, pero en mis pensamientos no había más que esperar lo peor. En la cocina estaban mi primo pequeño y uno de mis abuelos, lo cual me recordó lo bien que había estado el día al principio.

Se acercaba la Navidad y en casa estaban todos contentos. Mis tíos y primos de Toulouse, familia por parte de mi madre, habían llegado ese mismo día y preparábamos un almuerzo de bienvenida a lo grande. Me daba pena que mi abuelo materno estuviese enfermo y no pudiese viajar. Se le había complicado una gripe y había estado en el hospital varias veces por problemas respiratorios. Mi abuela no iba a dejarlo solo, así que no pudieron reunirse con nosotros. Por otro lado, mi abuelo paterno había llegado un día antes desde París. Ni mi abuelo ni mis primos hablaban español, pero con nosotros y mis tíos, que sí lo hablaban, no lo necesitaban.

Todo marchaba bien, incluso con mi primo de once años, Pierre, molestándome porque a veces no le hablaba en su idioma. Entonces alguien en la cocina empezó a repetir el nombre de mi madre varias veces, llamando luego a mi padre, a mi tío, a mi abuelo..., a todo el mundo. Poco después me encontré a un montón de personas reunidas en torno a mi madre. Mi tío estaba desesperado porque no sabía qué hacer y mi padre pedía una y otra vez que desalojaran la cocina para dejar respirar a la afectada.

Habían llamado a una ambulancia que llegó a los pocos minutos. Mi madre estaba inconsciente cuando se la llevaron intentando reanimarla. Yo lloraba desconsolada mientras acompañaba a mis tíos y a mi otro primo al hospital adonde iba la ambulancia.

Infarto de miocardio..., parecía mentira. ¿Mi madre? ¡Pero si era la persona más sana del mundo! Dependía de muchos factores, claro, pero yo no entendía cómo era posible.

Y al parecer había sido muy grave. Se recuperaba de milagro, lo que me hacía sentir pocas esperanzas.

—*Je viens de parler avec ton père, Désiré* —me dijo mi abuelo en cuanto se dio cuenta de que estaba en casa. Acababa de hablar con mi padre —. *Il m'a dit...*

—Lo sé, te dijo que yo llegaría pronto a casa.

Él asintió.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó.

—Supongo que bien. No puedo creer que le pasara esto.

Me acarició una mejilla.

—No te preocupes, ya sabes que se pondrá bien.

—Pero casi no lo cuenta...

—No pienses en eso porque es peor. Lo importante es que está bien, estará pronto en casa y pasaremos las Navidades tan felices como...

—¿Felices? No lo dices en serio, ¿no? Como mucho sonreiremos sin ganas y haremos chistes tontos para reírnos. Después de esto no tengo ganas de celebraciones. Incluso se estropeó la bienvenida y... en fin...

—Dési...

—Es tarde, abuelo. Me voy a dormir. Buenas noches.

—Que duermas bien.

Me fui a duchar y luego a la cama. No quería pensar más en lo sucedido, así que me acosté, cerré los ojos y di rienda suelta a mi imaginación. Imaginar mil historias diferentes a lo ocurrido sería mejor que nada. Pensé en los últimos sueños que había tenido, muy extraños, en realidad.

Con detalle solo pude recordar uno en que aparecía en cientos de lugares del mundo, sitios que no conocía, como por arte de magia. Mis deseos de conocer cosas nuevas en países exóticos tenían su origen en fantasías de cuando era niña, pero esas son cosas que nadie debería perder con el tiempo, porque forma parte de uno mismo. Eso era lo que siempre me decía...

Mi madre.

Volvía a pensar en ella. Decidí centrarme en esos lugares que había conocido en sueños. Era tan fácil recordarlos... Será porque lo hacía tan a menudo que había acostumbrado a mi memoria a reservar una parte considerable para mis sueños. Eran tan importantes para mí como la vida real. Cuánto desearía ir de vacaciones a lugares nuevos con mis padres...

Mi madre, otra vez.

Era inútil intentar centrarme en mis propios pensamientos. Por suerte, no tardé en dormirme. En mis sueños no apareció ninguno de mis padres, nadie de mi familia, solo un lugar vacío y blanco, infinito. Flotaba en el aire sin poder hacer nada más que existir. Entonces empecé a soñar otras cosas, siempre mirando desde ese vacío. Era como vigilar mis sueños desde algún lugar en mi mente en el que nada ni nadie podía hacerme daño, pero del que no podía salir. Por lo menos no sin despertar.

Al despertar por la mañana vi a mi padre antes de que se fuese a dormir. Había pasado la noche en el hospital y volvió cuando fueron mis tíos a visitar a mi madre. No quería que estuviese sola en ningún momento.

—Ella está bien, Dési —me dijo, aunque eso no me tranquilizó—, ya sabes lo fuerte que es. Voy a descansar un poco. Aunque antes tengo que llamar a tus abuelos de Toulouse. Tu tía los llamó ayer y estuvieron toda la tarde buscando un vuelo. Y como no consiguieron ninguno, ni con escala, conociéndolos, deben de estar viniendo en autobús.

—¿Y qué esperabas, papá? Yo también lo haría.

—Y yo. Pero ya sabes que tu abuelo está bastante mal, más que Marie en comparación, no deberían viajar —explicó mientras marcaba el número—. Además, tu madre se está recuperando muy rápido.

Después de una larga conversación, colgó resoplando. Mis abuelos todavía estaban en Toulouse. Consiguió convencer a mi abuela de que no iba a encontrar un transporte asequible de última hora en estas fechas y de que mi madre estaba mejor, que la llamaría durante la mañana. Estoy segura de que si mi abuelo no hubiese estado tan mal, habrían venido de todas formas aunque fuese en bicicleta.

Mientras mi padre se iba a dormir, oí el tono de mi móvil en mi habitación. Era mi mejor amiga, Lorena Blanco. Me llamaba para que me diera prisa.

—Oh, lo siento, no me di cuenta de la hora que era. Es que con lo de mi madre...

—Lo sé, pero lo peor que puedes hacer ahora es quedarte en casa a lamentar cada minuto que pasa.

—Yo no me lamento...

—Dési —insistió—. Ven ahora mismo, es una orden de amiga.

—*D'accord* —desistí y acepté.

Discutir con Lorena siempre era inútil, de una forma u otra acaba haciendo lo que quería o induciendo a otros a hacer lo que ella les pedía o les *ordenaba*. Si quería que los demás pensaran que ella era la mejor amiga de todo el mundo, todos acababan pensándolo. De todas formas, eso no era difícil de aceptar, era una de las personas más amistosas que he conocido en mi vida.

En mi panda estaba mi mejor amiga, su hermano Nicolás, un año menor que

ella, y Clara, la cerebrita del grupo, tanto o más estudiosa que Nico. Ella estaba con nosotros principalmente por él, pues se llevaban muy bien, aunque una vez que sus miradas se cruzaban se quedaban mudos. Eran tan tímidos que, si no fuese por el resto del grupo, guardarían silencio todo el día uno delante del otro.

Las vacaciones de invierno todavía no habían comenzado, pero en el instituto casi todos tenían su atención puesta en cualquier cosa menos en los estudios. Mis amigos y yo habíamos quedado a la salida para tomar algún refresco. Sabía que probablemente nos encontraríamos con otros compañeros de clase, aunque yo prefería que estuviésemos solos.

Pero tras lo ocurrido con mi madre, mi mente divagaba distraída y había olvidado esa salida, incluso el instituto. Fui a las últimas horas, cuando todo ya era más distracción que otra cosa. Mis amigos me recibieron con palabras de apoyo, a pesar de que no fuese lo mejor para mí, odiaba que lo hicieran. Nos cruzamos con varios grupos de compañeros en nuestra rápida salida. Llegamos a la cafetería de siempre, en la misma calle del instituto, y cada uno pidió algo para tomar y, en mi caso, para desayunar, aunque fuese la hora del almuerzo.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Nicolás, preocupado pero disimulando.

—¿Qué se supone que tengo que llevar?

Mi estado de ánimo desentonaba más que nada porque siempre estaba de buen humor. Y claramente ese día no era de los mejores para mí, ni ese ni el anterior...

—Intenta calmarte, Dési —me pidió Clara—. ¿Sabes cuántas calorías quemas estando de mal humor? Acabarás cayendo enferma, sobre todo porque las calorías a ti te hacen falta.

—¿De qué estás hablando?

—Nada.

Nico sonrió y reprimió una risita. Lorena no dejaba de mirarme.

—Ya sé... —le dije—, tengo que disfrutar de las salidas como esta y olvidarme de mis preocupaciones, pero es que...

—Está mal olvidarte de lo que te preocupa, pero no está mal dejarlo a un lado de vez en cuando, aunque sea por unos minutos.

—Está bien, lo siento. Es solo que estoy tan preocupada que no puedo pensar en otra cosa.

—Y nosotras... y Nico... estamos para ayudarte. Tu madre se va a recuperar. Ya se estaba recuperando ayer cuando me llamaste, ahora estará mejor.

Asentí. Presté atención a la puerta del local, que se abría para dejar paso a otro grupo de amigos. No eran amigos nuestros precisamente, pero sí compañeros en el instituto. El que más llamaba la atención era el guaperas de segundo año de bachiller, es decir, un año más que yo, y compañero de Lorena, Sergio Torre. Un chico con una altura perfecta para su edad de diecisiete años; su pelo era oscuro, no muy corto y un poco despeinado, como parecía ser la moda. A él le quedaba increíblemente bien. Sus ojos eran verdes, algo que a Lorena la volvía loca. Su forma de caminar era desenfadada y ligera, como si su vida fuese perfecta, y andar su camino, simplemente placentero.

Lo había visto muchas veces y alguna vez habíamos cruzado un saludo por no quedar mal, pero no era una compañía con la que disfrutase. Sin embargo, como Lorena siempre lo saludaba cuando podía, imitarla casi era una obligación. Sus amigos eran realmente extraños para mi grupo. Extraños porque parecían salidos de una película donde todos los actores son perfectos y las actrices, modelos, aunque se comportaban como si no se dieran cuenta de ello. Era una opinión exagerada, claro, pero en el instituto con ellos todo era exagerado, sobre todo con Torre.

—Mira, ahí entra el grupo de altaneros muy por encima de la raza humana — comentó Clara. Estaba claro lo que opinaba.

—¿Por qué no hablas como el resto de mortales, Clarita? —le pidió Lore—. Además..., está muy feo que digas eso, son increíbles.

Siempre que nos cruzábamos con ellos decía algo por el estilo. Ella los encontraba fascinantes, pero no tenía el valor de comprobar por sí misma cuán increíbles eran. Ese era uno de los puntos en los que ella y Clara nunca se ponían de acuerdo.

—Creo que deberíais ignorarlos y seguir aquí, con nosotros —aconsejó Nicolás—. ¿No, Dési?

—*Bien sûr.*

Entraron riéndose de algún chiste que nos perdimos, pero su risa amenazó con contagiarse. Pasaron a nuestro lado y nos saludaron. Realmente parecían contentos de ver más gente conocida, pero pasaron de largo y se sumieron en su mundo.

Siguieron riendo mientras nosotros intentábamos fingir que no existían. Nos era imposible, cuando menos muy difícil. Nos centramos más en nosotros cuando Lorena se percató de que su hermano miraba a Clara insistentemente. Él siempre decía que esos ojos color café lo atraían y nada más. Pero, excepto Clara, todos sabíamos qué pasaba en realidad.

Lorena se limpió la boca de forma exagerada mirando hacia Nicolás. El mensaje

era evidente: *No babeas, niño*.

—¿Quieres una servilleta, Lore? —preguntó Clara.

Dejé escapar una risa, igual que Lorena. Nicolás se encogió en su silla.

—Oh, vamos, Nico —le dijo su hermana—. Pareces un niño pequeño.

—¿Qué pasa? —La confusión de Clara convirtió nuestra risa en carcajadas hilarantes.

—Nada, no importa —atajó Nicolás—. Es... Seguro que se está acordando del sueño que le conté esta mañana.

—Un tema interesante —dijo Lorena—. Los sueños.

Dejé de reír y de prestar atención. De vez en cuando hablaban de eso, como si compartir algo tan personal fuera divertido. Para ellos lo era, sobre todo para Lorena. Por eso su hermano siempre desviaba la conversación por ese lado.

En mi caso, nunca les contaba nada, o casi nunca. Ellos lo entendían, mis fantasías eran tan extrañas a veces que era comprensible que me las guardara para mí sola. Además, sabían cuánto valoraba los secretos de mi imaginación. Compartirlos sería embarazoso. En cambio, ellos tenían mucha facilidad para soltarlos como si nada.

—¿Qué soñaste? —le preguntó Clara a Nico.

—Algo muy curioso. Es la segunda vez que lo sueño. ¿Alguna vez os conté el sueño del barco?

—¿Ese en el que saltas por la borda miles de veces y siempre caes sobre la cubierta? —le pregunté. Además de memoria para mis sueños, tenía buena memoria para los de los demás.

—Ese mismo. Esta vez me pasó otra cosa. Este era un barco lleno de chicas guapas por todas partes.

—Ahora le pasa cuando se pone cachondo. —Rio Lorena.

No pude evitar reírme. Cada vez estaba más contenta, me hacían olvidar la tristeza con que me había acostado la noche anterior.

—Cállate, Lore. De todas formas, no excitarse con tantos bombones juntos es un delito. Aun así, no soy un salido, ¿vale? No, en este caso quería permanecer en cubierta pero no hacía más que resbalar y caer al agua. Y cada vez que subía, resbalaba otra vez. —Rio avergonzado—. Qué mala suerte.

—Oye —le dije—, por casualidad... ¿Esas chicas guapas no serían todas igualitas?

—¿Cómo lo sabes?

Me quedé mirándolo. Clara también lo miraba, así que no vio que yo intercalaba miradas hacia ella y Nico repetidas veces. Ella realmente era muy bonita. Su pelo rubio era muy claro, largo y pocas veces recogido. Nunca podía evitar reflejar en su rostro su estado de ánimo, que podía pasar de expresiones suaves y risueñas cuando estaba alegre a temibles cuando se enfadaba. Esto no dejaba de cautivar a Nicolás y por eso a veces nos reíamos para molestarlo.

—Bah —farfulló mi amigo—, sabía que os burlaríais.

Siempre nos decía con tono triste que le crearíamos algún complejo con nuestras burlas, que le haríamos sentir un bicho raro y feo. No había razones para ello, era un chico muy presentable. Clara decía que sus rasgos faciales eran enternecedores, cosa que también nos hacía gracia. En realidad, tanto él como su hermana eran personas muy favorecidas físicamente, muy parecidos entre ellos: su pelo negro, sus gestos, algunas formas de hablar... aunque sus comportamientos eran muy diferentes. Solo ella se burlaba de él cuando se trataba de sentimientos. Él era mucho más formal y respetuoso con un atisbo de humor. Sin burlas, por supuesto. Esto también era algo que a Clara le encantaba, y por eso intentaba animarlo cuando nos metíamos con él.

—No hagas caso, Nico —dijo ella—. A mí me parece un sueño muy interesante. Creo que te has fijado en alguien a quien no puedes llegar. O no te atreves, por eso caes una y otra vez del barco.

Lorena, Nico y yo la miramos incrédulos, aunque no porque no creyésemos lo que decía.

—Clara —empezó Lorena—, ¿cómo es que eres tan lista para saber eso y tan lenta para...?

—Lore, ya está bien —la interrumpió su hermano.

—Vale. Clara, ¿tú qué has soñado esta noche?

—Soñé que mi madre...

Se interrumpió a sí misma y me miró. Los otros también me miraron en silencio.

—Oh, ya os vale —les dije intentando ser lo más agradable que pude—, no dejéis de hablar de madres por mi culpa.

—¿Tú qué soñaste, Dési? —me preguntó sin reparos Nicolás para desviar el tema.

—Esta noche fue un poco extraña —confesé. Luego me di cuenta de que no quería hablar de ello—. Muy listo, Nico. No quiero contar nada de esto.

—Huy, casi. Otra vez será.

Una sonora carcajada rompió el hilo de nuestra conversación. Provenía del grupo de los guaperas. Clara puso cara de pocos amigos.

Lorena sonrió mientras miraba a dos de los chicos. Uno era Sergio y el otro su mejor amigo, que en mi opinión tenía pinta de ser menos superficial que el resto. Lore no miraba a los otros dos porque ni en sus fantasías podía hacer nada con ellos. Eran homosexuales. Yo no sabía sus nombres, pero ella conocía los nombres y los detalles personales de todos ellos, con muchas lagunas en realidad. Sabía que estaban montando una banda de música, pero no sabía ni qué tipo de banda ni qué tipo de música. Lorena dejó de fijarse en los demás para mirar solamente a Sergio. Más de una vez nos había contado sueños muy subidos de tono en los que él era el protagonista. Yo no habría sido capaz de contar semejantes cosas. Y el hecho de que Sergio no me interesara no tenía nada que ver.

—Deja de mirar, indiscreta —le dijo Clara.

—Y tú déjame mirar en paz a quien yo quiera.

—¿Por qué no hablas con él de una vez y te olvidas de esas fantasías? —le propuse.

—¿Olvidarme? ¿Por qué no hablas tú con él? —retó mi amiga—. Cada vez que yo lo intento parezco una idiota.

—¿Quién lo diría? —susurró su hermano, a lo que recibió un leve codazo de Clara.

—Yo no tengo ningún problema en hablar con quien sea —le solté—. Pero no tengo tantas razones como tú para hablar con él. Es más, no tengo razones siquiera para hablar con ninguno de ellos.

—Ya, porque no te interesan en lo más mínimo.

—No es eso. Solo hay que mirarlos y apreciar lo guapos que son ellos. Y ellas, admitámoslo, podrían ser modelos. Pero más allá de eso...

—Son superficiales en todo, Lore —dijo Clara.

—Míralos bien, Clari, hablan, se mueven, discuten y se ríen como nosotros. Somos iguales. ¿Nos crees superficiales?

—¿Nos crees lesbianas? —espetó Clara. Había subido un poco la voz y se ruborizó el instante.

—Yo reinona no soy —dijo Nicolás. Eso me hizo reír, en sí no por lo que dijo sino por cómo lo dijo.

—Solo dos de ellos están en la otra acera.

—Entonces cruza y vete con ellos.

Lorena se echó a reír. Solían discutir por culpa de ese grupo, pero siempre acababan riéndose de ellas mismas. La diferencia era que esta vez ellos estaban presentes. Y lo más gracioso era que nos habían oído y nos prestaban atención. Nico dejó caer la cabeza mientras reía por lo bajo. Yo los saludé con todo el descaro del mundo mientras Lorena y Clara se encogían en sus asientos.

El grupo de Sergio estalló nuevamente en carcajadas y siguieron a lo suyo.

### 3

Los sueños en los que permanecía en un vacío blanco mirando todo lo que soñaba se repitieron durante varios días. Incluso cuando regresó mi madre a casa, sana y salva, después de Navidad. Celebramos la Nochebuena y la Navidad en el hospital, y lo pasamos tan bien o mejor que en casa, porque había otros pacientes que se nos unieron e incluso algunas enfermeras y doctores por momentos. Al final mi abuelo había tenido un poco de razón.

Cuando mi madre recibió el alta y volvió a casa, empecé a sentirme mucho mejor. Poco después, mis sueños empezaron a ser como siempre, sin esa parte vacía en la que me sentía como si estuviera en una sala de control mirando en pantallas lo que pasaba en mis sueños y sobre las que en realidad no tenía ningún control.

No entendía por qué había soñado eso, pero no por eso olvidaba los sueños que veía. Cuando recuperé la normalidad de mi subconsciente, en una ocasión dejé de darme cuenta de que estaba soñando, cosa que no me suele pasar. Creía que era un día tan normal como cualquier otro, en el que aprovechaba las vacaciones para salir con mis amigos y pasar las tardes en casa mirando la televisión con mi familia. Fue como si para mí se agregara un día más ese año, y no era bisiesto.

No le di importancia a este hecho realmente, más que nada me pareció una curiosidad.

Mi abuelo volvió a París el primer día de año nuevo, y mis tíos y mis primos volvieron a Toulouse al día siguiente. Así que todo volvió a la normalidad. Incluso las clases. Se suponía que iba a estudiar algo, pero... ¿quién, además de Clara y Nicolás, iba a estudiar durante las Navidades?

Cabe decir que una vez soñé que estudiaba. Pocas veces había llorado en un

sueño. Hasta me saltó una lágrima cuando desperté y vi el libro de matemáticas sobre mi escritorio. Me reí de mí misma durante un rato mientras volvía a mi imaginación para relajarme con esas historias fantásticas que nunca contaba a nadie.

El primer día de clase Lorena faltó. Ella estaba en segundo año de la misma modalidad que yo, que estaba en primer año en ciencias sociales, pero ella se lo tomaba con mucha más calma, aunque no debiera. Nico y Clara estaban en primero de ciencia y tecnología. Les era tan fácil que a veces daba ganas de gritarles. Sergio estaba con Lorena, razón por la cual en los recreos había que soportar sus observaciones sobre él en clase. Sin querer, conocía a Sergio más y más y él de mí no sabía nada.

Salimos ese día dispuestos a comer juntos pero, por alguna razón, Clara no pudo, Nico ya no quiso ir, y Lorena prefirió dejarlo para otro momento. Así que regresé a casa.

Cuando llegué, mi madre se sorprendió ya que no me esperaba para comer. Pero se alegró de tenerme allí. Mi padre estaría fuera todo el día y a ella no le gustaba comer sola. Mi padre era traductor, conocía su francés nativo y había estudiado filología española en Madrid. Y a veces tenía que moverse a ciudades cercanas para atender su trabajo. Nunca me hablaba mucho del tema; mejor dicho, no me hablaba de casi ningún tema.

—¿Qué tal en el instituto, Dési? —me preguntó mi madre.

—Estuvo bien, muy rutinario, como siempre. ¿Sabías que falleció el profesor de lengua y literatura, Adrián Gómez?

—Sí, era amigo de tu padre, de la facultad. Para eso se fue a León, para su funeral y dar el pésame a la familia.

—Ah, pensé que era por su trabajo.

—No es frecuente que tenga que ir a León. Es más, creo que nunca fue por su trabajo. El director de la biblioteca no suele enviar a sus empleados a sucursales más allá de la comunidad.

—Yo ni siquiera sabía que se había ido a León. Bueno, no tiene muy buen gusto para elegir amigos, menudo elemento era ese hombre.

—Dési...

—Ya lo sé. —No debía decirlo, pero es lo que un alumno debe decir de sus profesores, aunque sean muy buenas personas. Ahogué una risita y luego me desvié del tema—. ¿Tú cómo estás?

—Yo estoy perfectamente, Désirée, deja de preocuparte.

—Solo lo decía por...

—Por lo de siempre. Me doy cuenta de lo pendiente que estás de mí. No hace falta, Dési, puedes volver a la normalidad y olvidar lo que pasó. Yo me sentiré mejor así.

—Como quieras, pero es imposible. Si fueras una madre autoritaria, sobreprotectora, aburrida o cosas así, me harías más fácil la tarea. —Me reí.

—No puedo mantener la seriedad para ser autoritaria; si fuera sobreprotectora harías estupideces para llevarme la contraria; y lo demás... Eso te lo dejo a ti.

Se rio un momento pero se detuvo al verme pensativa. Yo bajé la mirada.

—Dime una cosa, Dési. ¿alguna vez tienes sueños extraños?

Me sorprendió esa pregunta, y no solo porque no había razones para sacar ese tema. La última vez que había intentado contarles un sueño a mis padres ni siquiera tenía edad para hacerme entender; quizás eso les llamase la atención.

—¿A qué te refieres con sueños extraños?

—Sueños en los que parece que no haces nada, no te mueves, todo está en blanco..., solo ves los sueños de lejos.

—¿Qué? Pero ¿por qué lo dices?

—De pequeña solía tener sueños así. Y como parece que haces todo lo que yo hago...

—No, mamá —mentí—, mis sueños son tan normales como los de cualquiera. Pero no me lo preguntas ahora por nada...

—Es cierto, no es por nada. Es que mi madre solía tener sueños así, mi abuela y la madre de esta también. Yo alguna vez soñé con ese vacío blanco y supuse que tú habrías soñado lo mismo.

—Suenan... a película.

De verdad que me sonaba así. Lo más raro era que ocurría de verdad. ¿Por qué soñaba lo mismo que ellas? ¿Qué conexión había? Familiar, claro. Pero eso no pasa ni con las familias más extrañas del mundo. Debía de haber algo diferente en mi familia.

Durante algunos días pensé en esos sueños otra vez. Ya no los tenía, pero ahora sabía que mi familia por parte de madre había tenido esas experiencias.

Mis amigos fueron una vez más una buena distracción. Unos días después de volver a las clases, Lorena convenció a su hermano y a Clara para ir a una bolera por la tarde. A mí me encantaba jugar a los bolos, pero era tan torpe que a veces me hacía bastante daño o, peor aún, hacía daño a otros.

Cuando llegué a la bolera, mis amigos ya estaban ahí. Nicolás había llevado un libro de ciencia ficción para leer mientras nos miraba jugar, a él no le gustaba. Jugaría luego con nosotras al billar o cualquier otro juego disponible.

Me puse las zapatillas para el juego y me encaminé a la pista. Clara estaba de mal humor; Lorena, muy animada. Solo podía ser por una razón.

Escuché un estallido de vítores a unas cuantas pistas de nosotros. Sergio y su grupo, claro. Torre acababa de marcar un pleno y su equipo ganaba. Eran tres contra tres, y estaba segura de que ganaba siempre el equipo donde estuviera el más guapo de todos.

Lorena disfrutaba viéndolo jugar, en realidad disfrutaba mirándolo hiciera lo que hiciera. Por suerte para Clara, cuando acabaron ese juego, y tras una breve celebración, salieron de la bolera. Nos concentramos en nuestro juego. Solo éramos tres, así que no valía la pena jugar en equipos. Una contra todas, como siempre.

Empezó ganando Lorena, la más dinámica, pero Clara, con su cuidadoso cálculo, empezó a remontar pronto. Yo siempre iba un pleno por detrás de ellas, pero no me rezagaba más. Era mala, pero no tanto.

En un momento dado, me pasó lo que más temía y durante un rato me dolió el tobillo derecho. Mis amigos se rieron cuando me golpeé. En otro momento se habrían preocupado, pero ahora estaban demasiado contentos para eso. Como me resultaba difícil probar el segundo tiro, y para nuestra sorpresa, Nico se levantó, se ofreció a tirar por mí y tiró la bola. Era la primera vez que lo veíamos jugar. Pero nos sorprendió más aún que hiciera un pleno perfecto. Lo abracé de alegría y me olvidé del dolor mientras mis amigas se olvidaban de su desconcierto para quejarse de que era trampa.

—A veces os cambiáis los turnos entre vosotras. Bueno, esto es parecido —dijo Nicolás.

Lorena y Clara acabaron tomándose el gesto con humor, aunque no les gustó que yo ganase el juego minutos después.

—No es justo, Dési —se quejó Lorena, la que casi siempre se llevaba el triunfo—, ganaste porque te ayudó mi hermano.

—Bah, ya no importa —soltó Clara—. Déjalo, por una vez que jugó.

—Que no juegue nunca es porque no me gusta, no porque no sea bueno —dijo nuestro amigo con cara de superioridad.

—Cállate ya, chulo —le espetó su hermana—. Dési, me debes una.

—¿Una revancha?

—No, algo mejor. Déjame pensar.

Empezó a sonreír y me imaginé lo que quería. Mejor dicho, a quién quería.

—No, Lore, no. Si quieres una revancha hasta te dejo ganar y todo... pero si quieres eso, consíguelo tú sola. O que lo haga Nico, que es el verdadero culpable de todo eso.

—¿Eres o no eres mi amiga?

—Solo una amiga daría un golpe tan bajo —le dije sonriendo—. Está bien. ¿Quieres que hable con Sergio? Lo puedo hacer. Pero no te prometo que le hable bien de ti.

Dejé escapar una carcajada y ella me dio un codazo. En ese momento escuché el tono de mi móvil en un bolsillo de mi abrigo.

Lo atendí. Mientras yo estaba al teléfono, Clara puso una moneda en la mesa de billar. La primera sería Lorena, sería un dos contra dos. O lo habría sido de no ser...

Nico vio que me caía una lágrima, y luego otra. Mis amigas se fijaron después.

—Papá..., no de nuevo —dije sollozando. Por mi cabeza pasaron una y otra vez esos sueños vacíos y blancos que seguramente volvería a tener. Colgué tras asegurarme a mi padre que iría con él enseguida.

—Dési —dijo Lorena preocupada—, ¿qué pasa?

—¿Estás bien? —preguntó Nico... Odiaba que preguntaran eso siempre que una estaba mal.

—No, Nico, no estoy bien. ¿No lo ves? —dije atropelladamente mientras me preparaba para salir de la bolera—. Han tenido que internar otra vez a mi madre. Me... me voy.

# Sergio Torre

## I

Cuando ya había recogido todas mis cosas me colgué la mochila al hombro y me dispuse a salir. Al volver la vista hacia atrás vi cómo Lorena me miraba de reojo. Pobrecilla, si supiera cuánto se notaba...

—Hasta luego, Lorena —le dije intencionadamente.

—Eh..., adiós, Sergio —contestó con timidez.

Yo salí de clase mientras sonreía para mí mismo. Sabía que era el triunfador del instituto. Mi fama entre los estudiantes no se me había subido a la cabeza, pero sabía que todo el mundo allí me conocía y me respetaba. Sabía que casi todas las tías se morirían por que las saludara. Si quería ser sincero, no se podía decir de mí que era feo. Tenía los ojos verdes, era moreno y llevaba el peinado de moda, de punta. Medía un metro setenta y cinco y no estaba nada mal de cuerpo. Mis sesiones de gimnasio me habían costado.

Me apoyé en la pared esperando a que mis dos mejores amigos, Christian y Marta, salieran de su clase, que estaba al lado de la mía. Ella, con su melena larga castaña y sus ojos azules. Altiva y orgullosa como nadie, pero aun así tenía algo. Y él, tan normal como siempre. Moreno de estatura media y mirada ensoñadora. Christian era lo que se dice un buen chico.

Mientras estaba allí apoyado vi cómo Lorena pasaba por delante de mí con sus amigos. Se iban riendo entre ellos con risas nerviosas. No conocía muy bien a sus amigos, pero aun así les dediqué un saludo con la mano que me devolvieron casi todos. Especialmente Lorena.

Cuando por fin salieron nos encontramos a la salida con Juan y Daniel, mi pareja preferida. No entendía los absurdos prejuicios de mis padres y de todos aquellos a los que no les gustaban los gais. Juan y Daniel me caían genial, me reía más con ellos que con nadie. Además eran dos de los chicos más guapos del instituto. Juan era lo que las tías llaman un morenazo porque era alto y su pelo y su piel lo confirmaban y, aunque Daniel era más bajito, rubio y más blanco de piel, es decir, más poca cosa, tampoco estaba mal, o eso creía yo de lo poco que entendía en cánones de belleza masculina.

Y también nos reunimos con Laura, estaba más guapa que nunca. Bueno, siempre pensaba eso cuando hacía rato que no la veía. Con su pelo largo y castaño eterna-

mente recogido en una coleta alta y su mirada verde intensa hasta lo imposible. Era la chica más sencilla que conocía, pero aun así no dejaba de destacar entre los demás. Laura era muy importante para mí. La quería como a una amiga, pero no sabía si sentía algo más por ella. Si le pedía salir lo más probable era que me dijera que sí, pero perdería a una amiga; si no se lo pedía me quedaría siempre con la duda. Así que por el momento decidí dejar las cosas tal como estaban, ya me lo pensaría con más calma.

—Ey, vamos a esa cafetería tan chula que está al lado de tu casa, Dan —propuso Juan.

—Venga, va.

Juan y Daniel iban haciendo gracias como siempre, y todos nos reíamos con ellos mientras entrábamos en la cafetería. Me sorprendí un poco al ver allí a Lorena y sus amigos. Me estaba llevando una buena ración de ella.

No los conocía a todos. Sabía que la que estaba al lado de Lorena era francesa y se llamaba Désirée, y conocía también al chico que se llamaba Nicolás, de primero de bachiller, era el hermano de Lorena. Conocía a Désirée porque iba a la misma clase que Christian y Marta, además Lorena no se despegaba de ella casi nunca cuando no había clase, se juntaban en los pasillos igual que yo con mis amigos.

Los saludamos y seguimos a lo nuestro.

—Ey, tenemos que pensar en lo del grupo, pero ya en serio.

—Ay, Sergio, danos un respiro. —A Marta, que era una pianista buenísima, no le hacía mucha ilusión.

—¿Un respiro? Pero si apenas hemos tocado nada desde el verano, estas Navidades hay que aprovecharlas. —No estaba dispuesto a ceder.

—Bueno, bueno, ya hablaremos. —A Christian no le hacían gracia las discusiones y sabía que si me obstinaba mucho acabaría en eso, así que preferí cambiar de tema.

—Vale. Oye, Chris, hoy no te he visto después de la clase de lengua. ¿No te ibas a pasar por mi clase?

—Iba, es que no quería resbalarme. Quizá cuando Lorena deje de babear por ti pueda acercarme.

Todo el mundo se rio. Solían cachondearse de mí por ese tema, pero no solo con Lorena, sino con todas las chicas que me miraban, que eran muchas. Me sorprendió que lo dijese estando ella a pocos metros de distancia.

—Bueno, sí, al menos las chicas babean por mí. ¿Qué hacen por ti? ¿Reírse cuando resbalas?

—Esa ha sido buena —dijo Laura mientras se reía con los demás. Me gustaba más de la cuenta que me riesen las gracias. Sabía que, como gracioso del grupo, valía muy poco. Mis chistes eran malísimos. Eso se lo dejaba a Juan y Daniel.

—Joder, Lorena no te quita ojo —cotilleó Marta. Su tema preferido.

—Dejadla ya, no la miréis. —Después de todo Lorena me caía bien, era simpática cuando lograba no ponerse nerviosa al hablar conmigo en clase.

—Vale, vale, no sea que se fije en alguno de nosotros. Chicos, debemos dejarla para que pueda concentrarse en prestar toda su atención en Sergio. —Christian era el que más se metía conmigo por eso y le encantaba que todos se rieran.

Decidí ignorarlo, si él era feliz así... Seguí hablando con Laura, al menos podía mantener una conversación inteligente con ella..

—Espero que este año te des cuenta de que te necesitamos más que nunca. Espero que vengas a echar una mano a la tienda. —Esa era la frase favorita de mi padre. Me la soltaba cada vez que tenía oportunidad.

Mi padre, Antonio, trabajaba en una tienda de antigüedades, Antigüedades Torre. Gracias a que los negocios le iban bien, mi madre no tenía que trabajar y yo llevaba la vida que me gustaba, pero él se empeñaba en no darse cuenta de que yo no tenía intención de trabajar en su tienda como mis hermanos. Mi futuro no estaba detrás de un mostrador vendiendo antiguallas.

Estas Navidades prometían ser aburridas. Marta no salía mucho porque unos parientes que vivían bastante lejos venían a visitarla y quería pasar el máximo tiempo con ellos. Christian se iba con su familia a visitar su país natal, Argentina, donde solamente había vivido durante sus primeros meses de vida. A Juan y Daniel tenía muy pocas posibilidades de verlos ya que la tolerancia de mis padres no era demasiada. Odiaba esa parte de ellos.

Mi única salvación una vez más era Laura, aunque quedar con ella sin los demás era lo más parecido a una cita para mí, y no quería eso. No me fiaba de mí si estaba a solas con ella. No quería estropearlo todo. Por eso me esperaban unas vacaciones largas y aburridas. Pensé que esta vez la guitarra me sacaría del atolladero.

Me pasaba las tardes practicando y componiendo con la esperanza de que, al acabar las Navidades, mis amigos quisieran tomarse en serio lo del grupo.

Como es obvio ya, no eran mis vacaciones preferidas. Aunque en época de instituto tenía que estudiar, prefería estar en clase, al menos estaba entretenido. La gente no me ignoraba y no me prestaban atención tan solo para comprar trastos viejos. Me mira-

ban por algo más y casi todas las miradas eran de mi agrado. No es que mi familia me ignorara, pero estas fechas eran importantes porque era cuando más beneficios obteníamos del negocio de mi padre, así que había prioridades.

Me dije que no me apetecía pasar otra tarde solo. Dejé a un lado mis absurdas movidas y llamé a Laura.

—Hola, Lau. ¿Te apetece venirte un rato y le damos a la guitarra? Bueno, yo, tú le das al bajo.

—Claro, en diez minutos estoy ahí.

—Guay, gracias, guapa.

Como había prometido, estuvo en mi casa enseguida y traía el bajo. La música era un buen plan para concentrarme y no pensar en mi relación con Laura como algo más que amistad.

Empezamos a tocar enseguida. La verdad es que se le daba muy bien. Ahora que no estaban ni los porrazos de la batería ni las voces me daba cuenta de lo buena que era. Lo tenía todo, pero, por una razón que desconocía, no me terminaba de enamorar.

Terminamos una canción y llegaron mis padres. A ellos les caía bien, y a uno de mis hermanos, Álvaro, de veinte años y el más cercano a mí en edad, le gustaba especialmente. No lo culpaba, pero para evitar tentaciones la despedí educadamente.

—Tío, podrías haberle dicho que se quedara a cenar. —A veces mi hermano me sacaba de mis casillas en lo que respectaba a Laura.

—No sueñes, Álvaro. No eres su tipo.

—¿Y tú sí? Ni que fuese tu novia. Pensaba que la que te molaba era Marta.

—Mira, olvídame.

Definitivamente serían unas Navidades muy largas.

## 2

Las vacaciones se acabaron y no habíamos tocado ni una nota. No quería culpar a Marta, pero principalmente había sido porque ella, cuando podía, no quería. Ya sabíamos que tarde o temprano se le pasaría la ilusión inicial de tocar en un grupo, siempre le pasaba lo mismo con cualquier cosa que empezaba. Cada año era una cosa diferente: a los trece quería ser actriz; a los catorce, escritora —menos mal que no duró mucho—; a los quince, periodista, incluso le regalamos una grabadora de sonido por su cumpleaños

para registrar sus entrevistas; ahora, pianista en un grupo, nadie sabía hasta cuándo.

Christian, por su parte, seguía su estela. Estaba muy colado por ella y hacía lo que ella quería, cuando quería y como quería. Si no salía con Marta era porque yo sentía lo mismo por ella y nuestra amistad valía más. Y más que la música.

De todas formas decidí concentrarme en mi música, quería empezar en serio de una vez. Se lo dije a mis amigos en uno de los recreos.

—Ya sabes que nuestras voces están a tu disposición, Sergio.

—Gracias, Juan. Laura, cuento contigo.

—Pues claro. —Me lo ponía tan fácil...

—Christian, tú no me falles o te meto.

—Claro que no, tío. Cuenta conmigo.

—Marta, por favor, por favor, por favor. —La miré con los ojos que normalmente solían desarmar a las tías.

—No, Sergio, no me mires así... —La miré con más intensidad—. Bueno, vale. Lo haré.

Le dediqué mi mejor sonrisa. Por fin lo había conseguido. Si Marta me decía que sí no habría discusiones de ningún tipo y podríamos empezar esa misma tarde.

—Bueno, mi padre nos presta su garaje, esta tarde os quiero ver allí a todos.

—Sergio, no te emociones tanto. —Marta no me lo iba a poner tan fácil, pero al menos había accedido—. Bueno, cambiando de tema. ¿Sabíais que la madre de la francesa está en el hospital?

—¿Quién? —Laura no conocía tanto a la panda de Lorena.

—La madre de la francesa. La amiga rarita de Lorena.

—Ah, ya sé. ¿Y qué le pasa?

—No lo sé muy bien. Solo sé que se la llevaron de urgencias porque se puso superenferma. Y parece que no es la primera vez. Ya le pasó antes de Navidades. Se lo estaba contando hoy a Lorena.

En un principio no prestaba mucha atención, total yo no la conocía mucho, pero me daba pena. No debía de estar pasándolo muy bien. Después le diría a Lorena que le dijera a su amiga que lo sentía por ella o algo así.

El tema de conversación siguió por ese hilo cuando terminó el recreo. Una vez en clase le dije a Lorena:

—Lore, me he enterado de que la madre de tu amiga está en el hospital. Dile que espero que se mejore, ¿vale?

—Claro, Sergio. ¡Muchas gracias!

Qué fácil era hacerla feliz. Le dedicaba un par de palabras y se quedaba sonriendo el resto del día.

Al llegar a casa intenté ponerme a estudiar antes de que los chicos llegaran para tocar. Pero no lograba concentrarme. Era como si en mi mente hubiese un hueco vacío que se iba haciendo más y más grande hasta ocupar toda mi mente, pero solo era eso, un hueco. Por más que leía y leía mis libros de texto no me enteraba de nada. Era como si estuviese en otra dimensión. Hasta que me descubrí leyendo por enésima vez la misma frase que ya había leído al abrir el libro y aún no me había enterado de lo que decía. No era extraño que me costase estudiar. No me gustaba nada y tardaba en concentrarme, pero nunca había sentido ese vacío en mi mente. No le di importancia, sería un lapsus que ya se me pasaría. Y así fue en cuanto oí el timbre de mi casa.

—Sergio, tus amigos ya están aquí —oí que me decía mi madre desde abajo. Me lo decía con algo de recelo porque no le gustaban nada Juan y Daniel.

Bajé lo más rápido posible para que la tensión entre mi madre y mis amigos no durase más de lo necesario.

—Gracias, mamá. Nos vamos al garaje.

Una vez allí comenzamos a tocar. No se nos estaba dando mal para empezar y ese extraño hueco que había en mi mente se me olvidó por completo.

—Ey, ¿sabéis que dicen por ahí? Que la madre de la francesa se ha muerto.

—Marta, otra vez con tus cotilleos. ¿Es que no te cansas nunca? —A Laura le molestaba más que a mí. Le sonreí por reprenderla, pero ella no se dio cuenta.

—Es verdad. Es lo que dicen.

—Se lo preguntaré a Lorena cuando la vea —me ofrecí, así quizá Marta se calmase un poco.

A pesar de todo, Marta me gustaba por muchas razones. La conocía desde que éramos pequeños. Le importaba muy poco lo que pensarán de ella, iba siempre con la sinceridad como firma personal y se rebelaba ante cualquiera que intentase hacerla cambiar. Lástima que usara esas cualidades para meterse en la vida de los demás.

No podía negar que Laura era mejor, pero sí me negaba a fijarme en ella más de la cuenta. Era lo que tenía el amor, nadie lo entendía y yo menos aún, que tenía más posibilidades que otros. Podía tener a casi cualquier chica que quisiese y quería justo a la que no podía tener. ¿Quién lo entendía?

Varias veces más, Marta interrumpió nuestros ensayos con sus cotilleos, así que

la sesión en grupo no duró mucho más y yo volví a recordar el vacío de las horas previas.

Al día siguiente, ya en clase, le pregunté a Lorena lo de su amiga.

—Bueno, aún sigue en el hospital —respondió con pesar—. Esta francamente mal.

—Oh. Lo siento. Bueno, en fin. No sé qué decir. Dile que...

—¿... se mejore? —me interrumpió Lorena. Me sentí un poco tonto repitiéndome.

—Sí, que se mejore —le dije sonriendo—. Gracias, Lorena.

—A ti por preocuparte.

Nada más terminar la clase fui a contárselo a Marta. Entré en su aula y allí estaba Désirée. No parecía muy feliz, pero era normal que estuviese así.

—Marta. Era mentira —tuve que susurrar—. Lorena me ha dicho que la madre de la francesa sigue en el hospital. Que está bastante mal, pero ya está. ¿Dónde está Christian?

—En el baño. Bueno, pobrecilla la francesa.

—Sí, voy a hablar con ella, a decirle que lo siento y eso.

Me acerqué despacio, ella estaba concentrada en sus cosas. Me preguntaba por qué Lorena no estaba con ella. Quizá quería estar sola. No me atrevía a hablarle. En el instituto tenía fama de rarita y la verdad es que no sabía cómo actuar frente a ella. Yo sabía que no era una chica más. Que ella no estaba colada por mí como el resto.

—Hola —empecé. Ella levantó la vista algo distraída. No me había dado cuenta hasta entonces de que tenía unos ojos preciosos, marrones claros, haciendo juego con su cabello castaño, largo y ondulado, que en ese momento mantenía sujeto con una mano a un lado de la cabeza.

—Sergio Torre —contestó con desencanto—. ¿A qué debo el honor?

Vaya. No se andaba con miramientos. Decidí que si mi madre estuviese en el hospital tampoco sería muy amable con la gente.

—Me he enterado de que tu madre está mal. Solo quería decirte que lo siento y que espero que se mejore.

—Gracias.

Volvió a concentrarse en sus cosas. Definitivamente no era como las demás. La mayoría de las chicas que conocía se habrían quedado embobadas mirándome y sonriéndome por mostrarme atento con ellas. Y esta tan solo me había dedicado un simple

«gracias» secamente. Nadie lo había hecho hasta entonces. En vez de caerme mal, como habría sido mi reacción normal, me agradó. No me trataba como los demás. Eso era un cambio para mí. No era ni bueno ni malo, solo diferente. Volví con Marta sonriendo.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó ansiosa antes de que hubiese llegado a su lado.

—Marta. No cambiarás nunca —le contesté riéndome.

# Mihai Kolvenik

## I

Era ya el quinto cigarrillo. Lo apagué furiosamente contra el cenicero rebosante de colillas. Me disponía a encender el sexto cuando llamaron a la puerta. Era la chica que se ocupaba de las labores domésticas. Me alojaba en un pequeño apartamento de Melbourne y contraté uno de esos servicios de asistencia. La chica venía, mantenía limpia la casa y cocinaba para mí. Y aunque en el anuncio no lo decía, también se ofrecía otro tipo de servicios, pero precisamente este viaje no era de placer. En esta ocasión, ella venía a traerme un mensaje.

—¿Señor Kolvenik? El señor Michael Striklan ha llegado. Le espera abajo.

—Gracias, Sunita. Ahora mismo bajo.

Por fin. Lo esperaba desde hacía horas. Terminé el cigarro y bajé a la recepción. Era hora de marcharnos. Nos íbamos a la India.

Debí decirle a mi compañero de viajes que esto nunca sería fácil ni seguro. Tras cuatro meses de búsqueda por el mundo, una vuelta momentánea a Melbourne, para encargarnos de alguien como yo, y un breve vuelo hasta la India, fuimos a parar a un pequeño pueblo campestre a la afueras de la ciudad de Nasik, conduciendo un coche común y corriente con la única peculiaridad de que era robado.

Aunque robar no es bueno bajo ningún concepto, hacía tiempo que mi paciencia se había agotado y mis conceptos de la honradez y la dignidad eran diferentes a los del resto del mundo. Lo mismo le pasaba a Striklan, mi extraordinario compañero. Era un tipo un tanto irascible y muy peligroso, aunque nadie lo diría al verlo la primera vez.

Su físico no llamaba la atención: era alto, delgado, aparentemente débil... En primeras instancias no parecía ser capaz de ofrecer resistencia alguna. Pero nada más alejado de la verdad, pues tenía una fuerza y una facilidad increíbles para la lucha cuerpo a cuerpo. Su juventud lo ayudaba, no tenía más de treinta y cinco años. Además, siempre iba bien equipado, aunque curiosamente uno no podía estar seguro de dónde se guardaba todo lo que llevaba encima. Quizás era porque normalmente usaba ropas informales y holgadas.

Difería enormemente de lo que podríamos llamar mi descripción: un hombre alto y corpulento, tranquilo y de enorme paciencia, bien trajeado y aseado. Era un cuarentón que solía inspirar confianza a los que me rodeaban.

Mike y yo nos conocimos en uno de mis viajes a Australia. Él era de Healesville, cerca de Melbourne. Para entonces él estaba metido en un buen lío. Alguien me involucró a mí también y, gracias a mis dotes comunicativas y una pequeña fortuna que heredé de mis difuntos padres (predominó la razón económica), nos saqué a ambos de ese problema, tanto con la justicia como con un grupo mafioso del lugar.

No era de extrañar que estuviese en deuda conmigo y que aún no tuviese ganas de matarme. Es decir..., de este último aspecto al día de hoy conservo algunas dudas. Muchas veces, cuando alguien disgustaba a Mike o intentaba controlarlo, él tendía a acabar de raíz con el problema. Lo intentó en Melbourne, pero el asunto era demasiado grande para él.

Ahora, en este pueblo perdido a pocos kilómetros de Nasik, lo veía muy alterado. No le gustaban ni el lugar ni la gente de allí. Por suerte, éramos algo así como amigos después de cuatro meses de viaje continuo, así que me tenía cierto respeto, y yo a él, lo mismo. Él admiraba mi facilidad para tratar con la gente y mi capacidad para conservar en mi memoria grandes cantidades de información útil, asuntos más bien intelectuales... Yo de él admiraba esa forma tan rápida que tenía de acabar con alguien sin parecer arrepentido ni levantar sospechas (era poco probable pensar que un delgaducho de aspecto inofensivo fuese capaz de ciertas atrocidades). No es que me gustase esa forma de ser, pero admito que fue muy útil en más de una ocasión.

Gracias a mí, la búsqueda había continuado una y otra vez a pesar de los obstáculos intelectuales; los obstáculos humanos fueron más bien cosa suya. De haber estado yo solo, me habría echado atrás.

Pero... ¿qué buscábamos? Un sueño, quizás, pero muy real para nosotros. El objeto de nuestra búsqueda pasó otra vez por mi mente en cuanto bajamos del coche que habíamos robado en el centro de Nasik.

—Estuviste distraído durante todo el viaje —comentó Striklan—. Menos mal que conducía yo.

—Estaba pensando en el libro...

—Sí —masculló mientras nos dirigíamos a un grupo de casas a pocos metros de nuestra ubicación—. Si hace meses me hubieses dicho que iba a ser cada vez más difícil seguir las pistas a esa leyenda, no te estaría acompañando ahora.

—Menos mal que no te lo dije, entonces. Yo tampoco estaría buscando nada ya.

No me contestó. Solo gruñó de forma casi inaudible. Miré una nota de texto en mi teléfono móvil, donde había apuntado una dirección que nos habían dado en Moscú

hacías varios días. Era la calle indicada, pero no veía el número de la casa por ningún lado.

—Mira, allí está —señaló Striklan.

Era cierto, estaba al otro lado de la calle que yo estaba mirando, aunque cuando eché un vistazo a esa dirección no me había dado cuenta. Además, el número no correspondía al orden de todas las demás.

—A ver si hay algo de suerte —dijo resoplando.

Llamamos a la puerta y oímos pasos en el interior. Eran rápidos y ligeros. Abrió una niña de quizás ocho o nueve años. Mi amigo bufó, odiaba a los niños. Los odiaba incluso cuando era uno de ellos.

—Hola, niña —saludé en hindi—. ¿Tus padres están en casa? —Negó con la cabeza—. ¿Algún adulto?

Ella asintió y, antes de que pudiera salir a buscarlo, un hombre asomó por la puerta. Era un señor mayor, aunque si era el anciano que buscábamos, se conservaba increíblemente bien.

—¿Qué quieren, caballeros?

—Venimos de parte del señor Alexey Lébedev, tengo entendido que es amigo de esta familia. Nos dijo que preguntáramos por el «guía del sur».

Por la edad del señor Lébedev, seguramente era más amigo del viejo con quien hablábamos que del resto de parientes.

—¿El guía del sur? Mmm... Hacía mucho que nadie me llamaba así. Ciertamente nunca me gustó. —Al decir eso puso cara de pocos amigos. Pensé que daría por finalizada la conversación, pero prosiguió—. ¿De parte de quién? ¿Lébedev? —Entonces sonrió como si recordase viejas hazañas. Al parecer, así era—. ¿Cómo está el viejo? Creo que iba a ser abuelo.

—De hecho, esa novedad es de hace años: tiene dos nietos y una nieta preciosa —le dije.

—¿En serio? Eso está muy bien, pero no le envidio nada.

—Lo supongo, tiene usted una nieta encantadora. —Me fue más fácil de lo esperado hacerme con un atisbo de su confianza... Ahora debía continuar.

—En realidad es mi bisnieta.

—¿En serio? Al señor Lébedev lo va a sorprender la noticia. Seguro que usted sí que le dará envidia.

Striklan nos miraba sin entender ni una palabra. Yo había aprendido hindi hacía

muchos años, y lo hablaba con algo de fluidez. Habría sido útil saber algo de marathi, un idioma bastante hablado en la zona en la que estábamos. Mike no conocía tantas lenguas como yo, pero conocía algunas lenguas raras que yo jamás aprenderé.

—No son de por aquí, se nota —dijo el viejo invitándonos a pasar—. No suelo confiar en extranjeros, pero siendo de parte de mi viejo amigo... Además, no suelo tener muchas visitas. Solo de mis nietos y mi bisnieta de vez en cuando.

—¿Están ellos en casa?

—No, solo la niña. Sus padres volverán pronto. ¿Quieren algo de beber? ¿Un té, un café?

—Un té, gracias —acepté. Traduje a mi compañero la oferta del anciano y él se negó a ambas cosas.

—¿Una cerveza? —El viejo sacó del frigorífico una cerveza bien fría. Mi amigo no pudo rechazar eso. El anciano se rio.

—¿Cómo podemos llamarlo, señor? —le pregunté—. El señor Lébedev solo nos dio su pseudónimo.

—Pueden llamarme Sanjiv. Así sin más.

—De acuerdo, señor Sanjiv. Mire, hemos venido porque creemos que usted puede saber algo que nos interesa.

Se oyó el sonido exagerado de mi amigo bebiendo.

—¿Algo que les interesa? ¿Qué puedo saber yo que les interese a un par de extranjeros? ¿De dónde son?

—Yo de Rumanía, él de Australia.

—Orígenes muy diferentes.

—Todos tenemos algo que nos une. Incluso los de orígenes tan diferentes.

—Eso es cierto, joven. —Yo ya no era tan joven, pero comparado a él...

—Cuando uno busca la similitud con otra persona, pronto se da cuenta de que no existe una diferencia. Así que... ¿qué tiene de extraño que dos forasteros busquen en las palabras de un sabio algo de común interés?

El hombre me miró con suspicacia. Pronto recuperó su expresión de confianza.

—Veo que sabe elegir muy bien las palabras. No me sorprende que hayan conseguido que el viejo Alexey los enviara a mí. Ahora me parece que sé lo que buscan. No quiero faltarles al respeto, jóvenes, pero están perdiendo el tiempo. Es solo una leyenda.

—Las leyendas siempre tienen algo de cierto —le dije en inglés, de modo que mi compañero supiera que la situación empezaba a ser complicada—. De todas formas,

¿qué daño le haría a usted hablarnos sobre lo que queremos saber, sea o no sea una leyenda?

—Quizás debemos mostrarle lo que somos capaces de hacer —sugirió mi amigo.

—¿Capaces? ¿De qué? —inquirió el anciano.

—No es buena idea. No podemos descubrirnos ante la mínima posibilidad de negativa.

—Yo no tengo paciencia, Mihai, y reconoce que a ti se te está acabando.

—¿Qué pueden hacer? —insistió el hombre.

—Si nos dice lo que vinimos a oír —le respondí finalmente—, le demostraremos que la leyenda de El Refugio de la Mente es cierta.

## Sergio Torre

### 3

Decidí que por ese día ya había estudiado lo suficiente, total no conseguiría sacar mucho más de mí si estaba todo el rato pensando en la música, en mis movidas mentales con Marta y Laura o en cosas que en definitiva no tenían nada que ver con lo que fuese que hubiera estudiado, ni siquiera lo recordaba. Esa era mi concentración, nula. Al día siguiente empollaría de verdad.

En el instituto las noticias volaban, tan pronto se decía que la madre de Désirée estaba muerta como se decía que al final no, que estaba viva. Después de mi breve pero intensa conversación con ella me empezó a dar rabia que la gente hablase así de ello como si nada. Nadie tenía en cuenta que la gente implicada tenía sus sentimientos, y aquello llegaba a todos los oídos. Yo mismo me di cuenta de que cuando la gente de la que se hablaba no me importaba en absoluto también hablaba sin pensar en los demás. Me daba cuenta de lo egoístas que podíamos llegar a ser y no quería serlo más. Al menos no con Désirée. Esa chica había despertado un cierto interés en mí que nadie había despertado antes. Quería ser su amigo, quizá no íntimo, pero lo suficiente para acercarme y ofrecerle mi ayuda.

Después de su clase de historia, fui al aula de mis amigos. No los había visto por la mañana y sería un buen pretexto para acercarme después a Désirée. Marta y Christian estaban guardando los libros de historia mientras hablaban, para mi sorpresa, del grupo de música. Por un momento consideré la opción de no interrumpirlos para que siguieran hablando de algo que para mí era más que bueno pero, al alzar la vista, Christian me vio y ya no tuve escapatoria.

—Ey, tío. ¿Qué te pasó esta mañana? ¿Se te pegaron las sábanas o qué?

—Nada, mi padre me echó el sermón de la semana sobre el trabajo y el poco caso que le hago.

—¿Otra vez? ¿Cuánto ha durado esta semana?

—Creo que algo menos que la anterior. Al menos mi madre no se ha metido. Esperemos que siga en descenso. —Nos reímos.

Mi padre jamás se cansaba de decirme que si tenía la vida que tenía era gracias a que él había trabajado duro toda su vida. Yo me cansaba de repetirle que ya lo sabía, que lo tenía muy claro. Pero mi mente ahora estaba centrada en ir a hablar con Désirée.

La había visto al entrar en el aula, estaba con Lorena. No parecía tan triste como el otro día, quizás esta vez fuese más amistosa.

—Ey, voy a hablar con Désirée, a ver qué tal está su madre.

—¿Désirée? ¿Desde cuándo la llamas por su nombre? —Marta siempre tenía que meter un poco la pata. Le daba igual todo lo que no estuviese relacionado con ella, era un poco egoísta; no entendía por qué me gustaba tanto.

—Desde que me preocupa de verdad cómo está. Ya sé que a ti te da lo mismo, pero a algunos nos alegra que los demás estén bien. —Me volví para ir adonde Désirée. Lorena y ella nos estaban mirando sorprendidas. Al parecer nos habían escuchado. Me sentí cortado y la campana me salvó. Me di media vuelta para irme a mi clase.

Cuando salía por la puerta Lorena y Désirée me alcanzaron. El profesor ya había entrado, pero a ellas les dio igual.

—Eh..., Sergio, quería darte las gracias. Mi madre está mejor.

—Oh, me alegro. Bueno... —Me sentía algo intimidado con ella, no sabía por qué, las tías no solían causarme esa sensación—. Tengo que volver a clase.

—Claro, y yo. Bueno hasta luego. —Al parecer ella no se sentía igual que yo. Se comportaba conmigo tan normal como con Lorena.

—Adiós. —Lorena y yo entramos en nuestra clase y ella volvió a la suya.

Las horas se me pasaron volando. No podía dejar de pensar en Désirée. Y lo que más rabia me daba era que no sabía por qué. Ella no me gustaba tanto. Ni siquiera había querido ser su amigo en un principio. Lo que más me inquietaba era que no estaba interesada en mí en lo más mínimo. No es que a mí me importase o me pareciera mal, sino todo lo contrario. Solo lo encontraba extraño y, aun así, interesante. Era un cambio refrescante para mí.

Al acabar las clases, mis amigos y yo nos reunimos. Quizá saliéramos esa tarde. Al encontrarme con todos decidí huir de Marta, no quería hablar con ella después de lo último que le había dicho. No sabía si la había molestado, en cuyo caso prefería no discutir con ella. Una vez más me refugié en Laura. Era como mi puerto seguro. Empecé a hablar con ella del grupo de música mientras discutíamos sobre los posibles nombres, inventándonos los más patéticos y riéndonos de ellos. Marta se puso a nuestra altura.

—Sergio... —nos interrumpió—. Siento lo de esta mañana. Tenías razón, he sido una egoísta con todo este asunto. Solo quería satisfacer mi curiosidad y ni siquiera había pensado que Désirée lo tiene que estar pasando fatal con todo esto.

Cuando se ponía así recordaba por qué me había enamorado de ella. En el fondo

era una buena persona. Le sonreí.

—Ya está olvidado. Además, su madre está mejor.

—Genial. Me alegro por ella. —Nos sonreímos y después se unió a nuestro tema. En parte para compensarme por haber sido así, ella sabía que si hablaba del grupo, que era lo que yo quería, la perdonaría por completo. De hecho, así fue—. Bueno, chicos, esos nombres son patéticos. Deberíamos llamar al grupo Marta superstar y cía.

Todos nos reímos.

—Sí, Marta, sí. Tú mejor dedícate al teclado, que es lo tuyo, porque los nombres no lo son.

—Tienes razón. Pero hablando en serio, podríamos tocar esa canción que empezó a tocar Laura la última vez que estuvimos juntos. Lau, podrías acabarla y veríamos cómo queda. Parecía chula.

—Esa es una idea genial —intervine—. En Navidades Laura y yo estuvimos ensayando y nos salieron cosas bastante buenas. Podríamos sacar un repertorio decente de lo que tenemos. Tenemos al mejor batería, las mejores voces; la bajista es excelente y un servidor que no se le da tan mal la guitarra. Tenemos un grupo de miedo.

—Laura, si me pasas la partitura más o menos, Juan y yo podemos componer algo. Meterle la letra o algo así. —Quitando a Laura y a mí, Dani era de los que más ganas tenían. Le apasionaba la música y le encantaba cantar y componer.

—Claro —lo apoyó Juan—. Podemos traerlos la canción casi completa en un par de días.

—Bueno, solo eran un par de notas, aún tengo que ver cómo compagino todo. Tengo que acabar la canción, hacer los arreglos e incluir el teclado y la batería.

—No te preocupes, Lau, yo te ayudo, esta tarde si quieres podemos terminarla. —Marta me estaba dejando estupefacto—. Si te apetece quedamos tú y yo antes, la terminamos y después salimos todos un rato.

—Claro. Vente a comer a mi casa, así tenemos más tiempo y la terminamos.

—Genial, tíos, esto es justo lo que necesitaba hoy. —Yo ya estaba radiante.

Mi grupo estaba casi hecho, incluso empezábamos a tener canciones. Seguimos hablando de nuestros planes y bromeando de camino a nuestras casas. Pero a pesar de mi felicidad aún había un rincón en mi mente que seguía preguntándose por Désirée.

Esa tarde en casa empecé a estudiar tal como me había propuesto antes de la hora de salir con mis amigos. Pero una llamada me interrumpió. Era Christian, no me había dado cuenta hasta ese momento de que por la mañana había estado callado mientras hablábamos del grupo. Me extrañaba porque yo sabía que le gustaba la idea tanto como a los demás y no había dicho ni una palabra. Pero estaba tan entusiasmado que en ese momento no reparé en su silencio. Lo atendí preocupado.

—Sergio, soy yo. Oye ¿podemos quedar un poco antes? Quiero hablar contigo.

—Claro. ¿Qué te pasa? Esta mañana casi no has abierto la boca.

—Es por eso que quiero hablar contigo. En veinte minutos me paso a buscarte y hablamos.

—Claro.

Y colgó, me dejó bastante preocupado, me lo dijo muy serio. Ya no podía estudiar. Entre Désirée, Marta y Laura, la música y ahora Christian... Decididamente ese curso no sería el mejor de mi etapa como estudiante. Una vez más, dejé los libros a un lado. Con suerte, por la noche conseguiría estudiar. Estuve tocando la guitarra hasta que llegó Christian, diez minutos antes de lo que habíamos quedado. Bajé enseguida.

—Ey. ¿Qué tal? ¿Qué te pasa?

—Mira, Sergio. Sé que ya hablamos sobre esto, pero te juro que no aguanto más. Me subo por las paredes cada vez que veo a Marta.

—Oh, Christian...

—Déjame explicártelo —me dijo rápidamente mientras yo sospechaba que no saldría nada bueno de aquello. Estábamos los dos igual y más ahora que recordaba por qué ella me gustaba—. Tío, no sabes lo que es estar a su lado todo el día. Sentarte con ella a todas horas sabiendo que *se mira, pero no se toca*... Bueno, ya sabes a qué me refiero. Tu amistad es muy importante para mí. Has sido mi amigo siempre y quiero que siga así. Solo quiero ver si podemos llegar a un acuerdo. —Me quedé callado y él siguió—. Sergio, me gusta muchísimo, quizá si estuviese en tu clase sin tenerla todo el rato a mi lado, me controlaría más, podría fijarme en otras chicas...

—¿Y por qué no lo haces ahora?

—Porque no puedo. Es como si las eclipsara, ¿entiendes? Solo la veo a ella. Quiero tener tu permiso para pedirle salir. No lo haría si no lo necesitara de verdad, Sergio, y lo sabes. Estoy fatal, me voy a volver loco. Solo quiero salir de la duda. Es

muy posible que ella me diga que no, pero al menos ya no me arrastraré por los rincones pensando que estoy enamorado de ella, pero no puedo tenerla porque mi mejor amigo también la quiere. Te prometo que si te pone muy mal, lo dejaré con ella por mucho que me duela. Pero por favor, Sergio, por favor, inténtalo.

Sus ojos me decían más que sus palabras. Estaba consumido. Lo peor de todo era que tenía razón y decirle que no me haría el ser más egoísta del mundo, sabiendo que yo tenía más opciones que él. Y más aún cuando me lo pedía así. Se hubiera puesto de rodillas si así lo hubiese conseguido. Pero yo aún lo respetaba lo suficiente.

—Está bien, Christian —le dije al fin—. No te quedes con las dudas. Solo que, por lo que más quieras, no os pongáis demasiado cariñosos cuando yo esté delante.

Christian estaba que no cabía en sí de felicidad.

—Tío, te juro que ni notarás que estamos juntos.

—Más te vale —le contesté.

Nos fuimos para encontrarnos con Juan, Daniel y las chicas. Los estábamos esperando cuando vi a Lorena paseando por la calle. No estaba sola, estaba con Désirée. Me moría por ir hablar con ella. Una vez más, no sabía por qué, pero había estado pensando casi toda la mañana en ella. Me preguntaba qué me diría la próxima vez que cruzásemos palabras. Era agradable hablar con alguien que no te consideraba un ser superior en el instituto. No es que a mí me desagradara esa situación, pero tampoco me gustaba que la gente pensase que yo era más que nadie, y Désirée no era así. Le dije a Christian que iba a saludar a Lorena para acercarme a hablar con ellas sin siquiera saber qué demonios iba a decirles.

—Hola, Lore. Hola, Désirée.

—Hola, Sergio —contestó Lorena encantadísima. Désirée se limitó a levantar la mano, aunque no parecía enfadada.

—¿Qué tal? —Me preguntaba por qué estaba haciendo eso, ninguna de ellas debía interesarme lo más mínimo, al parecer Désirée se preguntaba lo mismo.

—Bien. Dési, tengo que ir a buscar a mi hermano —dijo Lorena resaltando las palabras, aunque no sabía por qué. Lo siguiente me extrañó aun más—. Sergio, ¿te importa acompañarla hasta que vuelva?

—Eh..., no, no, claro. Mis amigos aún tardarán un rato en venir.

—Gracias, eres un amor. —Se fue mientras dirigía una mirada significativa a Dési y esta se la devolvía furiosa.

—Bueno..., ¿qué tal está tu madre?

—No hagas caso a Lorena, vete si quieres.

—No me importa, en serio. Mis amigos son muy tardones. —Le sonreí, pero ella ni se inmutó.

—Al parecer no todos son así.

Laura ya había llegado. Vi que le preguntaba algo a Christian mientras me miraba. Me situé instintivamente entre ellos y Désirée.

—¡Ahora voy! —les grité—. Laura es puntual, pero Marta aún tardará un buen rato, seguro que más que Lorena.

—Sí, Lorena. Le caes superbien. ¿Sabes?

—Es simpática. Ella también me cae muy bien.

Entonces empezamos a hablar de Lorena, parecía que me la estaba vendiendo. Entendí todo ese juego de miraditas. La conversación se desvió hacia el instituto y hacia mí. Yo le contaba cosas, pero a ella no parecían interesarle mucho y estaba como ausente, pero sorprendentemente me contestaba a todo sin titubear. Supuse que estaba así por su madre y le volví a preguntar por ella.

—¿Que tal está tu madre?

—Igual, en casa, pero por ahora no hay cambios. Está débil, aunque quiera aparentar lo contrario.

—Oh, lo siento. Si puedo...

En ese momento apareció Lorena con su hermano, yo me despedí y volví con Christian y Laura. Ya habían llegado Juan y Daniel también, pero aún faltaba Marta. Lorena agarró a Dési del brazo y se la llevó bombardeándola con preguntas. Imaginé que le preguntaba de qué habíamos hablado y le sacaría toda la conversación palabra por palabra, aunque no hubiese sido gran cosa. Mis amigos también me preguntaron por ello, pero se conformaron con la versión abreviada.

Por fin llegó Marta y salimos a dar una vuelta. Christian me miró y yo entendí lo que me quería decir. Así que me llevé a Laura, Juan y Dani, para dejarlos solos, mientras una parte de mí se moría.

Esa noche intenté estudiar pero, una vez más, no pude. Esta vez era por culpa de Christian y Marta; al día siguiente me enteraría por fin de cómo estaba la situación. En vez de ponerme con los libros fui a preguntar a mis padres si me dejarían traer el grupo a tocar en casa. Ellos no iban a estar, así que tendríamos más espacio que en el garaje. Aparte de tener mejor acústica.

Mi madre se negó en rotundo antes de haber terminado de preguntarle.

—Pero ¿por qué no? No estropearemos nada, solo tocaremos, como siempre.

—Mira, Sergio, ya sabes que no me gusta que entre mucha gente en casa.

—¿No te gusta que entre mucha gente o que entre cierta gente?

—Ya bastante hago, que os dejo el garaje. Encima no vengas a pedirme que os deje también la casa. Sabes mi opinión en cuanto a tus amigos y, si yo me niego, imagina lo que dirá tu padre. He dicho que no y es no. —Y se fue refunfuñando algo sobre un error de la naturaleza.

Y todo por ser diferentes. A veces odiaba ese rasgo de mi familia, prefería carecer de algunos privilegios y tener unos padres más tolerantes, aunque no tuviese mucho que ver. No aceptar a los gais, qué falta de respeto. ¡Eso sí que era un error de la naturaleza!

Al día siguiente en el instituto, Lorena no paraba de mirarme. Me incomodó un poco, pero procuré ignorarla. Tampoco quise acercarme mucho a Dési para no volver a ponerla en un compromiso. Aunque parecía que estaba algo más triste. No quise preguntarle, por si acaso.

De camino a mi casa oí el sonido de unas sirenas. Una ambulancia pasó a toda velocidad camino al hospital. Un coche la seguía de cerca. Désirée iba en él.

## Désirée Rebelle

### 4

Una lágrima..., otra... Era difícil contenerse cuando todo ocurría al revés de como una sinceramente esperaba. Mi madre llevaba ya horas en el hospital, sin conocimiento. Había tenido más problemas del corazón. Mi padre intentaba mostrarse fuerte y me consolaba con palabras que yo podría haberle dicho a él también, por lo convencionales y poco efectivas que eran.

Estaba haciéndose de noche, y no esperaba ver a ninguno de mis amigos ya, pero aparecieron todos ellos, incluso Marcos Rojas, un buen amigo mío del club de lectura del instituto. Mi padre se levantó del banco en que estábamos los dos, los saludó a todos y entró en la habitación donde estaba mi madre.

Lorena me besó en la mejilla y se sentó a mi lado.

—¿Cómo está? —me susurró.

—Ella..., no sé... Nadie lo sabe. Los médicos dicen que está bastante inestable, pero que podría mejorar en cualquier momento... o todo lo contrario.

—Lo siento mucho, Dési —dijo Nicolás. Se arrodilló enfrente de mí—. Oye, intenta no preocuparte demasiado, estará bien, es una mujer fuerte, tú misma lo has reconocido miles de veces.

—Oíd, gracias por venir, sobre todo tú, Marcos, nunca hablamos fuera del instituto, pero has venido con la mejor intención del mundo, como todos vosotros... —Mi voz se iba por momentos—. Pero en serio, os pido que no me digáis nada sobre esto, es siempre lo mismo... y me hace sentir peor.

Más lágrimas. Lorena me abrazó y yo me pegué a ella sin pensarlo. No podía soportar que mi madre estuviese mal una y otra vez y que los médicos que la atendían hiciesen lo mismo siempre: decir que por fin mejoraba, que ya estaba recuperada, que se podía ir a casa... Luego de nuevo al hospital por una u otra causa y nadie sabía por qué.

—¿Sabéis qué es lo que me mata? Que en el instituto estarán diciendo esto y aquello de mi madre durante días, como siempre... ¡Son odiosos!

—Dési, niña, no les hagas caso —dijo Clara—. Nunca les haces caso, solo...

—Os juro que lo intento, ignorar todas esas gilipolleces. ¡No puedo! Miradme, ni siquiera puedo calmarme. Es que... creo que esto no va a ir a mejor.

—Désirée —me dijo Marcos con un tono un tanto áspero—, si crees que te hará

mejor decir eso en vez de pensar que todo se arreglará... ¿cómo nos dices que no intentemos consolarte?

Todos lo miraron. Él nunca se reunía con nosotros, pero siempre hablábamos cuando podíamos, sinceramente apreciaba todo lo que pudiera decirme. Y la verdad, aunque sonase muy poco amable y sin delicadeza, tenía razón, y yo me daba cuenta de eso. Lorena se separó un poco de mí para mirarme a los ojos. Los abrí y me sequé las lágrimas.

—Tienes razón, Marcos... Lo siento, chicos, debería dormir un poco, si no me pondré histérica en cualquier momento.

—Eso es, debes descansar —dijo Marcos—. Y yo tengo que irme. Solo había venido para ver cómo estabas tú y cómo avanzaba tu madre. Siento que estéis en esta situación, Dési.

—Gracias, Marcos —le dije apenas susurrando.

Se despidió y se fue. Nos quedamos mirándonos sin saber qué decir. Miré hacia la habitación. La puerta estaba abierta y vi a mi padre sentado en una silla, con una expresión triste, sin soltar una mano de mi madre. Se me partía el alma al verlo así. Y a él le pasaba lo mismo cuando me veía a mí. Me levanté y fui a hablar con él.

—Papá..., ¿te vas a quedar aquí toda la noche?

—*Oui*, Dési.

—*Ok*. Yo... odio tener que hacerlo, pero necesito irme a casa, estoy muerta de sueño.

—Está bien, descansa, Dési.

Lo abracé y le di un beso de despedida. Salí de nuevo al pasillo y me fui directamente hasta Lorena.

—Lore, ¿podría ir a dormir a tu casa? Mi casa estará... tan vacía.

—Claro. Vamos, Nico. Hasta mañana, Clara.

Incluso unas simples despedidas parecían eternas cuando una estaba tan triste.

## 5

Me moví incómoda en la cama, mejor dicho, en el colchón. Me dormí una vez más y volví a tener esos sueños que me desesperanzaban. Sueños, muchos sueños era lo que

veía, pero siempre desde un vacío blanco que, aunque ahora no me impedía entrar en los sueños, me hacía sentir triste y no iba a ellos.

Solo observaba. Recuerdos, historias, mi imaginación trabajando todo el tiempo; vi el recuerdo del día en que mi madre me habló de este tipo de sueños que estaba teniendo. Era extraño pero ¿cómo era posible que ella los hubiese tenido también?

¿Por qué solo soñaba así cuando estaba triste? Era una de esas preguntas para las que no esperaba respuestas, pero que sin duda las tenían. Cuando el color blanco que me rodeaba se tornó gris, saltaron lágrimas de mis ojos sin querer, sin razón... Entré sin saber cómo a uno de los sueños.

Sergio. ¿Por qué él? Lo miré, él me miró. Me sonrió pero no dijo nada. Yo me aparté de él y observé el entorno. Era una calle, oscura, solitaria. Él se acercó y me tendió una mano, que rechacé. Lorena. Apareció ella desde la oscuridad y me tendió su mano también. La tomé y me fui con ella. Cuando me volví a mirar al chico, él ya no estaba. Luego, Lore tampoco. Estaba yo sola. Salí del sueño, pero seguí en el vacío gris. Oscurecía más y más, y eso me hacía mal. Cerré los ojos con fuerza y lo único en que pensé, justo antes de despertar, fue en mi madre, despidiéndose de mí.

Me senté en la cama y me restregué los ojos. Lorena no estaba en su cama. Era de día. Seguramente ninguna de las dos iría al instituto. Yo no me sentía bien y ella se quedaría conmigo fuera como fuese. Incluso su hermano se inventaría algo para hacerme compañía.

Oí al padre de Lorena, Ramiro, hablando con alguien. Me acerqué sin hacer ruido a la puerta para ver si Lorena o su hermano estaban allí. Salí al pasillo en pijama y caminé hasta el salón, donde estaban todos, mis amigos y sus padres, en silencio, mientras Ramiro estaba al teléfono.

—Mira, acaba de levantarse —hablaba de mí. ¿Sería mi padre? Esperó un momento y luego respondió—. Claro, está bien. La llevaremos ahora mismo.

Colgó.

—¿Ocurre algo?

—¿Quieres desayunar, Dési? —me preguntó Lore. Tenía la voz un poco rara, como temblorosa.

Los miré a todos, sin responder. No sabía qué pasaba, estaba un poco dormida y todo me confundía.

—¿Hablabas de mí? —le pregunté al padre de mi amiga.

—Lore, ¿por qué no...?

—Vale, papá. Ven, Dési...

Me llevó de nuevo a la habitación para hablar conmigo. Eso no me gustó nada, me dio muy mal presagio y las lágrimas salieron solas. Me sentí como en ese vacío gris que se hacía cada vez más negro.

—Lore..., por favor, dime ya lo que pasa. Dime que no es nada malo. —Quería creerlo así, pero mis ojos parecían ya preparados para la noticia.

—Dési, era tu padre, le gustaría que fueras al hospital con él y... lo siento...

Me abrazó y dejé de llorar, simplemente no podía.

—Mamá... —susurré.

—Lo siento mucho, Dési, lo siento.

Mi respiración se hizo irregular y ella lo notó. Me miró a la cara con preocupación, se dio cuenta de que ya no estaba con ella. Mi mente había desconectado aunque siguiera despierta. Solo pretendía no sentir nada.

—Dési... ¡Désirée!

Ya no fui capaz de mantenerme consciente.

Cuando abrí los ojos oí a mi padre. Un hombre que no conocía me observaba con atención, mirando mis ojos como si fueran su estudio favorito.

—Estará bien —dijo el hombre—, fue un desmayo, debería comer algo.

—Gracias, Rubén —dijo la madre de Lorena despidiendo al hombre.

«Rubén», pensé. Así se llamaba el vecino de Lore, estudiante de medicina de último año. Yo seguía en la casa de los Blanco, en la cama de Lorena. Mi padre estaba allí, mirándome con tristeza y preocupación.

—¿Cómo estás, Dési?

Entonces volví a llorar.

—No estoy...

Cerré los ojos y tapé mi rostro con ambas manos, como si eso pudiera abstraerme de una realidad que me negaba a aceptar. Se hizo el silencio durante mucho rato. Así fueron mis días siguientes, llenos de silencio y triste incomodidad. No quise enterarme cómo había pasado, cómo había fallecido mi madre; por supuesto, ya me lo imaginaba, pero en ese momento no podría haber soportado que me lo dijeran, sobre todo porque no estuve ahí a su lado cuando ocurrió.

Aunque quise ser fuerte, por mi padre, no lo logré. Me desmoralicé. Mis amigos me ayudaban mucho, pero incluso así... era horrible. Mi padre se aisló, me habría parecido extraño que no lo hiciese. Apenas hablaba con nadie. Durante el funeral, la última

persona con la que habló allí, una mujer joven con una vestimenta poco común y un colgante muy bonito que hacían contraste con las circunstancias, le sugirió precisamente que se alejase un poco de todos durante unos días, algo que a él le podría hacer bien, pero debía procurar que yo hiciese todo lo contrario.

Mis abuelos maternos pasaron con nosotros algunos días tras el funeral. Mi abuelo estaba aún con problemas respiratorios, todavía se estaba recuperando, pero quería estar con nosotros en un momento así, igual que mi abuela. Cuando se fueron, se llevaron algunas cosas de mi madre.

Mi padre volvió al trabajo días después del entierro, pero fue como si una fuerza invisible lo moviera, iba porque iba. Yo nunca quise volver a las clases, pero mi psicólogo instó a mi padre a que me obligara. Mi padre no quiso ningún seguimiento psicológico, lo soportó solo, algo que no fue bueno para él. Yo, por otro lado, decidí que todo me daba igual, hacía lo que me decían y punto.

Fue muy penoso vivir así durante las semanas siguientes. Nunca fue fácil, en realidad, pero al principio fue peor. Bajé de peso por comer poco, pero eso no me preocupaba. Sin embargo, con el tiempo empecé a hacer más esfuerzo por recuperarme, le hacía daño a mi padre cuando no lo intentaba. A él ya le era difícil mirarme a la cara, yo era la viva imagen de la mujer a la que amó durante dos décadas. Las emociones y los sentimientos se hicieron muy raros.

Con el pasar de los días, lo fui aceptando.

Entonces llegó el momento de volver al instituto y encarar a todo el mundo. Me dijeron todo lo que ya sabía, incluso cosas que no me creía: ahora mi madre estaba en el cielo, estaba en un lugar mejor, permanecía conmigo protegiéndome o, sencillamente, algún día en el futuro nos volveríamos a encontrar... Para mí, meras sandeces.

Mis amigos eran los que mejor me comprendían, pero no podían evitar los mismos comentarios de consolación.

Un día, estando sola en un recreo —no era normal en mí, pero empezaba a serlo—, Sergio se acercó para hablarme. Pensé en alejarme de él, pero no tenía ánimos ni para eso. Decidí escuchar lo que tuviera que decir. Lo saludé de forma muy tosca, dejándole claro que me molestaba. Me sorprendió el tono duro con el que me respondió. Ni siquiera me saludó.

—Escucha. Hace unas semanas, quise saber cómo estabas y casi pasaste de mí. Todos hablaban mucho sin decir nada, con sus rumores. Supongo que te molesté por eso. Otro día, volví por lo mismo y me agradeciste mi preocupación. Me sorprende por-

que me tratas de una forma muy diferente a como me tratan los demás. Ahora yo también siento que debo tratarte diferente. Me han dicho que odias que se compadezcan de ti, que te digan que lo sienten por todo y bla, bla, bla. Yo no te diré nada de eso. Solo una cosa: tienes tu vida por delante, no te quedes viendo cómo pasa mientras lamentas cada minuto. Nos vemos, Dési.

Puso una mano en mi hombro y luego se fue como si nada malo hubiese pasado. Me dejó extasiada. Me había dado la impresión de que este chico nunca sabía qué decir ni cuándo... El Sergio que yo me imaginaba era todo sonrisas despreocupadas y no le hablaba así a nadie, nunca. Extrañamente, esa forma seria y tajante de decir las cosas sí me ayudó.

## 6

Ahora, lo mejor que tenía conmigo eran esos sueños grises y oscuros desde donde podía ver infinidad de escenas y recuerdos que habría deseado no volver a ver. Discusiones con mis padres, enfados estúpidos, momentos de histeria... No había ni un solo buen sueño. Eso me deprimía aun más. Hasta que por fin toqué fondo y aquel vacío se convirtió en completa oscuridad, una oscuridad sembrada de malos recuerdos.

Me desperté colérica y pegué varias veces a la almohada, como si ella tuviera la culpa. Vino a mi mente la forma en que Sergio Torre me había hablado. Me enfadé con él, pero sabía que tenía razón y sus palabras habían tenido mucho significado para mí, aunque no sabía cuál exactamente. De todas formas, ahora lo culpaba a él de todo. En ese instante estaba siendo tan irracional que deseé morirme también. De repente, la puerta de mi cuarto se abrió y me di cuenta de que mi padre me había oído.

—Dési, ¿estás bien?

—Estoy bien, papá —dije denotando mi mal humor.

—¿Quieres que hablemos?

—Dije que estoy bien.

Mi forma de hablarle dejaba claro que no lo estaba. Aun así, él quizás estuviese peor, porque desistió y se fue. Entre que me hablaba poco y que yo no era capaz de suavizar las cosas, lo iba a volver loco. Y eso me hizo sentir peor.

Me recosté bruscamente y me puse la almohada sobre la cara como para que no se oyese mis gritos. No grité, pero durante un instante creí que lo haría. Por otro lado,

me habría dado igual haber despertado a todo el vecindario. Solo quería disfrutar momentáneamente de una rabieta liberadora hasta calmarme. Estiré tan fuerte las sábanas que casi las rompo. Entonces ocurrió.

¿Había caído en otro sueño vacío? Si así era, volvía a estar todo blanco.

Me encontré flotando en la nada con mis sábanas en una mano y mi almohada en la otra. Solté ambas cosas y se quedaron levitando a mi lado. Miré hacia todos lados.

—No. Esto no es un... ¿sueño?

No lo parecía. Estaba acostumbrada a estar consciente, o algo similar, en casi todos mis sueños, pero aquello era más real. Ni siquiera había recuerdos o escenas que observar por ningún lado.

—¿Qué está pasando? —susurré mientras pensaba que finalmente había enloquecido.

No había nada, no había nadie..., solo yo, mi sábana y mi almohada, como si de algo me sirvieran.

Si era un sueño no podía despertar, y si no lo era... no podía creérmelo.

Grité con todas mis fuerzas lo primero que me vino a la mente. Las palabras salían de mi boca y se perdían en el infinito blanco que se extendía ante mí. De repente, caí sobre suelo sólido. La gravedad había aparecido como si nada, igual que esa superficie blanca sobre la que estaba ahora. La almohada cayó sobre mi cabeza y luego la atrapé con los brazos, sujetándola con fuerza y abrazándome las piernas a la vez. La sábana me cubrió al caer, pero no me la quité. Me quedé así durante horas, ¿días quizás? No lo sabía, me parecía que el tiempo no tenía sentido allí, no sentía nada, cansancio, hambre, sed... Nada.

Tuve tiempo de pensar en miles de cosas, al principio, cosas que deprimirían a cualquiera. Con el paso de las horas, me vinieron los recuerdos felices que estaban escondidos en mi memoria. Por fin una razón para alegrarme. A veces me reía sola, oculta bajo mi sábana y con la almohada pegada a la cara. Recordé a mis amigos, de pequeños, las veces que habíamos salido a jugar al parque y a reírnos de cualquier cosa. Más grandes ya, saliendo a tomar algún refresco o a bailar.

Recordé algunas Navidades en familia, algunas veces en mi propia casa, otras veces en Toulouse o París. Conversaciones graciosas con mis padres, bromas con mis primos, caídas o tropiezos para reírse y no parar... También momentos dulces y emotivos sobre todo con mi madre.

Luego lloré durante un buen rato pensando que jamás volvería a pasar algo así.

Vendrían mis familiares a celebrar cualquier fiesta, pero ya no sería lo mismo; me reiría con mis amigos, pero siempre habría algo que lamentar.

Encontré divertido el hecho de estar comportándome como una ciclotímica. Sin razón alguna, recuperé un poco el buen humor.

—Serás idiota, Dési —me dije a mí misma—. Serás idiota.

Ahora estaba segura, pasaban días..., muchos días... Tenía mi reloj de pulsera, nunca me lo quitaba. Vi dar vueltas la aguja de las horas varias veces, pero perdí la cuenta al tercer día. Sin embargo, yo seguía ahí, quieta, sin hacer nada, con el único entretenimiento del pensamiento. Curiosamente no me aburría, no me cansaba, no había incomodidad. Pero decidí quitarme de encima mis sábanas y arrojé la almohada lo más lejos que pude. Entonces me percaté de que, a mi alrededor, había una ciudad.

Parecía más bien una supermaqueta sin color, todo de un blanco intimidante. Pero era una réplica más o menos parecida a mi ciudad. Había cosas que recordaba diferentes, y cuando me daba cuenta del error... ¡la maqueta cambiaba!

Me emocioné al ver que yo había creado eso, yo lo transformaba... ¡Yo controlaba todo! Pero no era real, y no tardé en entristecer por eso. Quería salir de esa irrealidad blanca y brillante. Necesitaba estar en mi habitación. Aplasté las sábanas contra mi pecho mientras pensaba en mi padre. Si todo eso era un sueño, estaba durando demasiado, él se preocuparía... Y si no era un sueño, la situación era peor.

—¡Quiero salir de aquí! —grité con todas mis fuerzas. Nadie me escuchó, nadie contestó.

Vi mi habitación en mi mente, y todo mi entorno volvió a cambiar. Ahora estaba en una maqueta de mi habitación. Todo era blanco, monótono. La cama era dura, faltaban muchas cosas, cosas que fueron apareciendo conforme las recordaba. Dejé la sábana sobre la cama mientras lo observaba todo.

Una vez más deseé salir de allí y volver al único sitio que tenía ahora en mente, mi cuarto. Y entonces, aquel blanco espantoso desapareció y caí sentada en una cama blanda, mi cama. Estaba en mi habitación, la real. Miré rápidamente por la ventana y vi mi ciudad, la misma de siempre.

¿Había sido un sueño?

Miré la hora. Era media tarde, pero no fue eso lo que más me llamó la atención, ¡habían pasado cuatro días!

—Esto no puede ser —me dije—, debe de ser un error.

—¿Désirée? —llamó mi padre, como si hiciese días que no me veía—. *Mon*

*Dieu*, Dési... —Le costaba mucho hablar. Me abrazó con fuerza, dejando escapar alguna lágrima—. ¿Dónde has estado? Creí que te habías ido y..., y...

—Papá —susurré—. Lo siento... No sé..., no sé qué pasó, lo siento...

—Dési, por favor, hija, no me hagas esto, por Dios. —Cada vez me abrazaba más fuerte—. Perdí a tu madre, no quiero perderte a ti también.

—Papá, no llores, lo siento, perdóname. Nunca quise preocuparte. —Eso decía yo, y era cierto, pero no estaba segura de saber qué contestarle si me volvía a preguntar dónde había estado.

—¿Qué pasó, Dési? —me soltó por fin—. ¿Por qué te fuiste, a dónde? ¿En qué pensabas? ¡Tú nunca haces estas cosas!

Miré por la ventana intentando inventarme algo. No iba a creer dónde había estado... Ni siquiera yo sabía dónde había estado.

—Papá, te prometo que no volveré a hacerlo, no me iré nunca más. Pero, por favor, me gustaría no tener que hablar de nada de esto. No ha pasado nada, te lo juro.

Él me miró intentando encontrar alguna respuesta en mis expresiones, pero no lo logró. Si yo misma no tenía respuestas, él no iba a encontrarlas.

—Está bien, Désirée. —Dejó caer la mirada—. Estos días han sido muy duros para ambos... Yo he estado muy distante y no supimos mantenernos unidos. Pero te prometo que esto cambiará. Yo cambiaré, los dos lo haremos.

—La vida sigue —susurré mirando al suelo.

—Pero obviamente tendremos que hablar de esto en algún momento. No puedes desaparecer así como así. Ahora tengo que hacer algunas llamadas. Moví toda la ciudad para buscarte, así que toca avisar que estás bien.

Eso me sentó fatal. Lo había preocupado demasiado... pero no había sido mi culpa, por lo menos eso creía yo. Se acercó a la puerta, pero se detuvo antes de salir, se giró y me dijo lo que ya me esperaba.

—Y... estás castigada.

## Mihai Kolvenik

2

—Te dije que ir a ver a ese viejo desperdicio era una pérdida de tiempo —me gruñó Striklan.

Llevaba todo el viaje repitiendo cosas por el estilo. Ya me estaba molestando de verdad, pero si yo no mantenía la calma, todo se echaría a perder. Alisé un poco el traje que me acababa de comprar, un gesto que por simple que pareciera, me tranquilizaba.

—Sanjiv no nos quiso decir nada al final, es comprensible. No sé por qué te alteras tanto. Al menos nos ha dado un nombre.

—¡De una ciudad, por Dios!

Íbamos en avión con destino a Múnich, Alemania. Era cierto, el viejo había recordado a una antigua conocida que en su día había dedicado tiempo y esfuerzo en la búsqueda de lo que nosotros perseguíamos. Esa conocida no tenía nombre, no lo recordaba. Así que nos dijo la última ciudad donde supo que viviría. Pero nos dio un dato más.

—Recuerda que sabemos un detalle importante.

—Oh, Mihai, debes de estar soñando. Solo nos dijo que tenía una biblioteca... ¿Cuántas crees que hay en Múnich? Seguro que hay una por cada cien habitantes. Y esa es la tercera ciudad con más población del país.

—No seas tan pánfilo, Michael. No dijo biblioteca, dijo librería.

—Una librería... Bah, da igual, es todo para lo mismo. Es más, nos empeora las cosas, ha de haber incluso más.

—¿No te das cuenta? Según Sanjiv, esa mujer era la más obsesionada con El Refugio de la Mente, de todos sus conocidos. Estoy seguro de que alguna librería tendrá algún símbolo que nos indique que es la que buscamos.

—¿Te crees que todo es como lo piensas?

—No, Michael, no. Pero todo lo pienso tal y como es.

Se quedó pensando en eso.

Cuando llegamos a Múnich, adoptamos enseguida el idioma local, ambos lo conocíamos sobradamente. Llevamos nuestras cosas a un hotel cercano a una librería que había visto pasando con un taxi. La visitamos e incluso hablamos con su dueña. Era de una edad similar a la de Mike, entre treinta y treinta y cinco años. No era a quien buscá-

bamos. Nos sorprendió que nos hablara de su vida con tanta facilidad, no era el estilo de la gente del lugar.

Seguimos buscando. Por fin, llegamos, obviamente, al sitio indicado; se llamaba El Refugio de la Mente. El nombre estaba en español, algo que nos extrañó mucho. Entramos.

—Bienvenidos, ¿les puedo ayudar en algo? —nos ofreció una anciana levantándose de su silla al lado del mostrador.

El mostrador era amplio, ordenado. Había dos libros en una esquina, la señora que nos saludó los estaba revisando. Había un ordenador bastante nuevo, al parecer. Más allá había varios anaqueles con libros de diferentes tamaños y ediciones. Era todo muy ordenado y limpio, me daban ganas de hojear algunos títulos que alcancé a ver. Mi nivel de alemán era bueno en todos los sentidos, y en literatura no era menos.

Alemania poseía una fuente de literatura muy interesante, sobre todo en filosofía. Uno de los libros en el mostrador era *Soziologie des Risikos*, de Niklas Luhmann, quien tenía una visión poco convencional sobre cómo analizar una determinada sociedad. Hubo un tiempo en que consideraba atractivo el enfoque que les daba a sus teorías. Claro que la mayoría de mis pensamientos no concordaban mucho con los gustos actuales.

De detrás de unas estanterías, apareció una mujer, mucho más joven que la anciana, que se acercó a paso ligero.

—Deja, mamá, ya los atiendo yo —dijo la mujer. Tenía sobrepeso, demasiado quizás, pero se movía con tal presteza que me desconcertó—. Buenos días. ¿Buscan alguna bibliografía en particular?

—En realidad, lo que buscamos no está aquí, pero tiene el mismo nombre que la librería —contesté lo más amablemente posible.

La anciana abrió los ojos grandes y se quedó mirándonos, suspicaz.

—Lo siento, tiene razón. Aquí no tenemos ningún libro que se llame así. Pero si me dan un momento...

—Carolin —interrumpió entre susurros la vieja—. Déjame a mí, me ocupo yo de esto.

—Como quieras. —La mujer se retiró y desapareció tras unos anaqueles.

La anciana salió de detrás del mostrador y se acercó lentamente. Su baja estatura por poco me causa tortícolis.

—¿Por qué preguntan por El Refugio de la Mente?

—No queremos molestarla, señora...

—Brilinger.

—Señora Brilinger. Solo nos interesa saber qué información podría darnos.

—¿Cómo dieron con este lugar? —Se notaba a la defensiva.

—Mediante el señor Sanjiv.

—Don Sanjiv —corrigió ella aliviando la expresión de su rostro—. Qué tiempos... Él se rindió pronto en la búsqueda de ese tesoro de hace tantos siglos. El Refugio de la Mente es algo muy especial.

Hablaba en alemán pero, al referirse al libro, lo decía en español. Me fijé que los libros en español estaban bastante a la vista, en unas estanterías cercanas. Reconocí muy pocos, la verdad, pero me parecieron intrigantes algunos de ellos. Me puse a pensar en qué podíamos decir sobre el libro que buscábamos sin exponernos demasiado, pero mi compañero se adelantó.

—¿Por qué dice el nombre de este libro en español? —preguntó Striklan sin miramientos—. Es raro.

—Supongo que no saben que el libro fue escrito originalmente en español...

Michael y yo nos miramos sorprendidos.

—No es por desmerecer esa información —dije acercándome al mostrador para apoyarme en él—. Pero este libro no tiene solo siglos... Tiene milenios, según las leyendas.

—Las leyendas dicen muchas cosas, pero es cierto. Por lo que se conoce del libro, es milenario.

—¿Entonces cómo puede haber sido escrito en una lengua derivada del latín, siendo un idioma que no es tan antiguo?

—Ese es uno de los misterios que haría de este tesoro un hallazgo sin precedentes. ¿Desde cuándo lo buscan?

—Unos meses —soltó Striklan con rudeza—. Desde que este me convenció de emprender el viaje.

—Así que no es mucho lo que deben de saber.

—¿Por qué se rindió usted? —le pregunté con suavidad.

—Nunca desistí de mi convicción, joven. Pero la edad hace que una se limite a las cosas cotidianas. Una búsqueda internacional no podía hacerme bien.

—¿Entonces querrá darnos más información? Podríamos lograrlo nosotros.

—No más de lo que ya he dicho.

Eso me hizo pensar que Striklan estallaría en un ataque de ira. Pero no, fue más bien lo contrario.

—Perfecto —dijo abandonando su mal humor—. Era justo lo que esperaba oír.

—¿Qué dices, Michael?

—Hasta aquí mi viaje, Mihai. No quiero seguir buscando un sueño que ni siquiera es mío.

—Tú querías el dinero que te reportaría el hallazgo.

La anciana nos miró con cierto temor.

—Escúchame, Mihai, no pienso seguir con esta fantasía... Soy un hombre realista. Prefiero volver a mi estilo de vida.

—Eres un asesino, Mike; por favor, eso no se puede llamar vida.

La señora Brilinger se sobresaltó al oír eso.

—Da lo mismo. De nada sirve que seamos lo que somos si no podemos hacer nada al respecto. ¿Quieres un compañero? Créale a esta vieja su propio universo mental y que te ayude... Me largo.

La anciana se quedó mirándonos estupefacta. No sabía si creer algo de lo que decíamos o llamar a la Policía.

—No es momento para esto, Striklan.

—Adiós, Mihai, suerte.

Nada más abrir la puerta, se detuvo. Yo mismo sabía por qué se había parado, pero me pareció algo demasiado increíble, casi abstracto... En realidad, pocas cosas había tan abstractas como aquello. Striklan se volvió y me miró sorprendido.

—No lo decía en serio, Kolvenik... Crear un universo es arriesgado. —Miró a la anciana y empezó a acercarse a ella.

—Espera... No he creado ningún universo... y menos para esta mujer, Mike. Es más... ¿No lo sientes? Está lejos de aquí

—¿Sentirlo? —preguntó Striklan—. ¿Cómo voy a sentir dónde está? Solo soy un destructor de universos. Tú eres el creador.

La vieja se sentó en su silla respirando hondo.

—¿Son...? No, no puede ser... ¿Son ustedes un destructor y un creador de universos mentales?

La miramos y luego nos miramos entre nosotros.

—Michael, podríamos ir a buscar a esta nueva persona con universo mental —le propuse.

—Demasiado arriesgado. Esto me da mala espina, Mihai.

—¿Van a contestarme? —insistió la mujer.

La ignoramos.

—¿Cuándo fue la última vez que nos cruzamos con otro creador de universos?

—me preguntó Striklan.

Lo cierto es que había sido la razón de nuestro regreso a Australia. Después de eso nos pareció que yo era el único creador que quedaba en todo el mundo. Como no contestaba, proseguí.

—Desde aquel que te cargaste en Melbourne. Pero es muy sospechoso que nos topemos con otro tan pronto.

—Demasiado sospechoso. —Golpeó el mostrador con un puño—. Un destructor no podría crear un universo para otra persona, pero alguien como tú, sí. Si ahora surgen nuevos creadores..., esto será peligroso. Debe de haber más gente buscando el libro.

—¿No querías un reto?

Se quedó pensando. La vieja estaba asistiendo a un verdadero espectáculo. Al parecer, nunca se había encontrado con dos pruebas vivientes de que la leyenda de El Refugio de la Mente fuera cierta. Pero claro, así como estábamos los destructores y los creadores de universos, estaban los poseedores.

Y finalmente parecía que había alguien con la peligrosa capacidad de transportarse a un universo mental, paralelo al nuestro y propio de una sola persona... Pero ese tipo de universos no surgía así porque sí. ¿Quién le habría otorgado esa valiosa posesión a quién? Justo cuando nos disponíamos a irnos, la vieja nos detuvo.

—No se vayan... Yo..., yo puedo darles más información a cambio de algo.

—¿De un universo? —le pregunté. Asintió, como yo esperaba que hiciese—. Hágase a un lado, señora, no es tiempo de crear universos. Es más, tenemos ahora un universo que destruir... Nadie debería tener esa habilidad sin control... Mi control.

## Désirée Rebelle

### 7

Los días del primer mes del nuevo año estaban pasando. Enero acababa y todavía me costaba asimilar los últimos acontecimientos. Después de una semana de reaparecer en mi casa, procuré olvidar lo que había pasado. Mi padre hacía verdaderos esfuerzos por no preguntar sobre mi paradero durante esos días.

Quienes se habían preocupado tanto también eran mis amigos. Que desapareciera todo un día no era normal... Cuatro, era para desesperarse.

Durante esa semana, Sergio se acercó a mí para preguntarme si me encontraba bien. A diferencia de sus amigos, él se había enterado de que no era que faltase a clase solamente, falté en la ciudad.

Se mostró realmente atento conmigo, y yo, tan mal como me sentía por haber preocupado incluso a alguien que no era amigo mío, solo fui capaz de disculparme una y otra vez y agradecer a todos que me buscasen... pero que bajo ninguna circunstancia me apetecía hablar de dónde había estado. Eso sí era habitual, que me negase a hablar sobre muchas cosas. Les fue fácil, por lo menos a los de mi panda de amigos, evitar hacer más preguntas.

Yo misma me negué a pensar en lo que había pasado, lo que había vivido esos días, dónde había estado... Me resultaba cada vez más lejano, como un sueño. Pero lamentablemente se me hacía imposible ignorar que fue... ¿real? Sí, esa era la palabra. Había sido real. Y, por fin, me decidí a comprobarlo.

Primero me encontré en un camino sin salida. ¿Cómo me había pasado? ¿Cómo aparecí en ese lugar tan extraño? ¿Y cómo salí?

Obtuve la primera respuesta recordando cada cosa que me pasó allí: el lugar en que pensaba aparecía ante mí; el entorno cambiaba conforme deseaba ver un sitio en particular.

Entonces eso quise hacer: desear estar de nuevo en esa extraña realidad donde todo se formaba de acuerdo a lo que mis pensamientos indicaban.

Y ocurrió. Estaba en mi habitación meditando al respecto cuando de repente me encontré flotando en la nada rodeada de un universo blanco y vacío.

Sonreí al ver que realmente podía entrar a ese lugar... o quizás salir de nuestra realidad, o lo que fuese. Todo era relativo, según aprendí en ese sitio. Como lo habría

sido para cualquier persona, para mí fue tremendamente asombroso que existiese un sitio así.

Para probar que ocurría lo que yo quería, pensé en mi habitación de nuevo. Se formó a mi alrededor esa maqueta blanca que había visto con anterioridad. Luego, aparecieron los colores, nuevas formas, todo. Ahora era igual en todo. Por la ventana solo se veía más universo vacío. Pero se formó mi ciudad tal y como yo la veía desde mi ventana real.

Entonces pensé en mi habitación de otro modo, de un modo más real, más... sustancial. Y aparecí en mi verdadero cuarto. Volví a sonreír. ¿De verdad era tan fácil? Por la ventana vi personas en la calle, lo único que faltaba en ese otro sitio extraño.

Comencé a preguntarme otra cosa. ¿Qué era ese lugar? ¿De dónde había salido? ¿Cómo había surgido?

Llegué a la conclusión más evidente: era un universo diferente, vacío, blanco... Es decir, a menos que deseara lo contrario.

Volví a ese universo para comprobar si seguían estando las cosas que había formado con mi mente. En efecto, seguían ahí. Era un universo estático si nada lo impulsaba a cambiar. ¿Qué lo impulsaba? La mente. ¿Un universo mental, quizás? ¿Es que eso tenía sentido?

Para mí lo tenía. Mucho. Era un medio de escape para la mente. En un principio pensé que sería una extensión de la misma, en parte podía ser así. Pero el hecho de que mi propio cuerpo desapareciera del universo real me indicaba que no era solo mi mente la que viajaba. Todo mi ser podía refugiarse allí. Yo era un ente extraño en aquella realidad, pero lo cierto es que lo era en cualquier realidad. Mis amigos siempre lo decían: soy de las que nunca se sienten a gusto en un sitio, no pertenezco a ningún lugar, pero a la vez soy de todos lados.

Otra cuestión surgió entonces: ¿alguien más, o algo, podía llegar a ese lugar?

Volví a entrar. Debía probar una cosa más. Estaba de nuevo en mi habitación simulada, pero no era la misma de hacía un momento, sino la maqueta blanca de la primera vez. Allí estaba la sábana que había dejado. Recordé que además había dejado mi almohada, la que, según una observación de mi padre, faltaba desde hacía días; la localicé fuera de esa habitación y me llevé conmigo ambas cosas cuando volví al mundo real. Conclusión: podía llevar y dejar cosas. Cualquiera que estuviese en mi cuarto en esos momentos habría visto con expresión atónita y desencajada cómo aparecía y desaparecía de forma inexplicable.

Entonces probé otra cosa. Mi memoria. La primera vez que había estado en ese universo vinieron a mi mente recuerdos que ni siquiera sabía que conservaba, así que pensé que mi memoria se potenciaba en ese sitio. Era una suposición muy aventurada, pero explorar todas las posibilidades me entusiasmaba y me ayudaba a alejar de mí las preocupaciones de las últimas semanas.

¡Era tan fácil acceder ahora a mis recuerdos! Me reí al recordar algo de mi infancia. Es más... ¡lo vi! Era como estar en el pasado. Estaba Lorena..., ¡qué pequeña! Me acerqué a ella. El tiempo estaba parado, nada ni nadie se movía. Yo, o mejor dicho, mi yo más pequeña estaba jugando con Lore. Ella tenía unas muñecas y yo solo la observaba. Esa era mi forma de jugar a las muñecas, nunca me hizo falta tener una, no era lo importante. Lo importante era tener a mi amiga cerca. Y los chistes tontos de niña pequeña me hacían gracia ahora que pensaba en eso: es que no tenían sentido. Me reí otra vez, solo con el recuerdo.

Entonces, la escena cobró vida, tal y como la recordaba. Me senté en un sillón de la casa de Lorena. Las cosas iban apareciendo mientras observaba a mi alrededor. Aunque faltaban cosas que en la actualidad sí había. Eso me decía que el universo cambiaba también de acuerdo a mi subconsciente. Apareció el hermano de mi amiga, Nicolás. Era tan bajito. Era un niño muy guapo entonces. Más de una vez lo veía en fotos y bromeaba con que era una lástima que hubiese crecido. Ignoró a las niñas que jugaban y encendió la televisión. Eso molestó a su hermana, que se quejó y apagó el aparato directamente. Como el otro sostenía el mando a distancia, lo volvió a encender. Se pasaron toda la tarde encendiendo y apagando mientras yo me reía de ellos y de la situación. Bueno, tanto yo como la pequeña Désirée.

Entonces me di cuenta: ese universo recreaba también personas. Incluso pude hacer que las cosas sucedieran de forma diferente a lo que recordaba, mis amigos hacían otras cosas, hablaban de otros temas, etcétera. Era mucho más complicado de recrear, no tenían vida propia, claro está, pero mi subconsciente lo hacía todo.

Abandoné ese recuerdo y casi sin quererlo recordé otra cosa. Ahora estaba en mi casa, en la cocina, sentada delante de mi madre. Me entristeció. Yo no quería recordar eso, si acaso muy en el fondo sí quería... pero ahí estábamos las dos, hablando. Era la conversación que tuve con ella sobre los sueños.

Me hizo pensar mucho, pero entonces no me di cuenta de nada importante. Poco después, pasaron por mi cabeza miles de recuerdos a la vez, y los procesaba todos sin problema. Incluso venían a mi mente cosas que había estudiado y olvidado. Era obvio,

ese universo contenía mis recuerdos y me ayudaba a verlos, solo tenía que pensar en ellos.

Llegué a la conclusión de que ese universo era mío y de nadie más.

## 8

Con el paso de los días comprobé que fuera de ese refugio mental ahora me era más fácil memorizar información. No era igual que memorizar algo en ese universo, pues no contaba en el exterior con la ayuda de esa extensión de mi mente. Y por supuesto, y lo mejor de todo, había muchas más ventajas para mí en el mundo real. Podía salir a cualquier parte que yo quisiera de esta realidad, no solo a mi habitación. Podía aparecer en el instituto (probé llegar a los baños), a la estación de metro (aparecí al lado de un tren que pasaba a bastante velocidad), al edificio de Lorena... Probé algo mucho mejor: llegar hasta ella. Fue arriesgado, casi me descubre.

Fue pensar en ella al salir de mi universo y aparecer luego detrás de ella, mientras caminaba por el pasillo de su piso en dirección a la cocina. Desaparecí al instante antes de ser vista.

Era emocionante, casi asfixiante, el hecho de poder hacer aquellas cosas. Pero debía tener cuidado. Entre que odiaba llamar la atención y que la gente en general no estaba preparada para conocer este tipo de cosas, resultaba imposible anticipar lo que podría haberme pasado de hacerse público.

Con el paso de los meses, mis aislamientos en mi universo fueron bastante continuos. Eso lo notaron mis amigos, me negaba en más de una ocasión a salir con ellos. La excusa de la muerte de mi madre les bastaba, yo debía de estar muy afectada como para tener el ánimo suficiente para divertirme... aunque no era cierto.

Pasé tanto tiempo en mi propio universo mental... Pero solo dos meses después de haberlo descubierto me di cuenta conscientemente de que allí no sentía ni hambre, ni sed..., nada, tal y como me había pasado durante los cuatro días que había estado encerrada allí. En aquel entonces estaba demasiado dolida para fijarme en ese detalle. Es decir, me había dado cuenta, pero no me había importado.

Cuando mi estado de ánimo mejoró incluso hasta el punto de que mis amigos dejaran de creer en mi tristeza, decidí dejar un poco a un lado mi universo mental y salir más con ellos. Fue el momento inicial lo que me había entusiasmado, pero incluso yo vi

que el entusiasmo se había convertido en obsesión.

Sin embargo, mis amigos me notaron muy cambiada... Demasiado. En solo dos meses...

Un día, cuando salí con ellos, Lorena resaltó este hecho. Yo no le di mucha importancia, era algo normal. Pero para nada estaban preocupados, es más, se alegraban.

Después de un tiempo viéndome con mis amigos, Lorena me citó a solas en su casa para estudiar; ella repasaría materia de segundo curso y yo cosas de primero. Para eso, cada una en su casa estudiaba mejor... Al final fue para hablar, cómo no, de Sergio. Seguía empeñada en salir con él, pero pasaban las semanas y no se atrevía. Estábamos en su habitación, ella tenía su almohada entre los brazos, más que nada por tener algo. Yo sostenía mi bolígrafo y un cuaderno. Intentaba estudiar, pero ella no me dejaba.

—Vamos, Dési, por favor. —Me miró con esos ojos de *pobre de mí*—. Eres mi mejor amiga. ¿Quién más me puede ayudar?

—¿Sergio, a lo mejor? —le dije yo, un poco en broma. Luego hablé con seriedad—. Mira, sinceramente, es un chico agradable y bastante sincero. Estoy segura de que se ha dado cuenta de que estás por él y no te atreves a hacer nada.

—¿Por qué dices eso?

—Si no te hace caso es que no le...

Me pasé de sincera, quizás, y me interrumpí.

—Que no le importo —completó ella mi frase, de mala gana—. Podrías decirlo con un poco más tacto.

No sabía si estaba indignada de verdad o lo fingía... Puede que una mezcla de ambas.

—Oye, puede que no sea por eso. Podría ser solo indecisión. Míralo, es uno de los chicos más guapos del instituto, podría estar con la chica que él quisiera.

—Y *por qué iba a querer estar conmigo, ¿eh?* —Me miró con cierto enfado, pero luego se puso suplicante—. Dési, por favor. Él habla contigo muchas veces, por qué no le hablas de mí alguna vez.

—Le he hablado de ti. Hace semanas, claro, pero te lo conté y no hiciste nada.

—Porque no sabía qué hacer. Y ahora tampoco.

—Habla con él. Pídele salir y ya está. Le intereses o no, te va a decir que no.

Otra vez, demasiado sincera. Me pegó con la almohada dejando escapar un bufido. Se quedó esperando una explicación.

—Lore, solo míralo la próxima vez que nos encontremos con su grupo. Ahora,

por favor, déjame estudiar, que estamos al final del trimestre. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Qué tengo que mirar la próxima vez?

Ahora fui yo quien resopló.

—A él y a quien mira. Parece que está embobado con una de sus amigas... Quizás con las dos. ¿No lo has visto?

Yo nunca me había fijado en eso hasta que en mi universo recordé muchos de nuestros encuentros.

—No, no me había fijado. —Después de pensar un rato, me miró suspicaz—. ¿Y cómo te has fijado tú? O eres muy observadora o lo has estado vigilando mucho.

—Lore, por favor, tus teorías siempre están equivocadas. No es que me haya fijado. Lo más probable es que en el momento no me diera cuenta, pero todo queda en el subconsciente. Piensa un momento en eso y llegarás a una conclusión similar a la mía, si no a la misma.

—¿Desde cuándo hablas como Clara? —Volvió a ponerse suplicante—. Solo inténtalo, por mí. Ayúdame con Sergio, de verdad que me gusta.

—¿Matarías por él?

—Puede.

—¿Incluso a mí?

Se quedó pensando y se rio. Le arrebaté la almohada y le pegué yo, fingiendo indignación, pero riéndome finalmente.

## 9

Pocas horas antes del último examen que quedaba del trimestre, me aislé en mi universo para estudiar. Empollar allí era mucho más fácil, recordaba todo bastante bien, incluso al salir al mundo real. Eso me ayudaría más que intentar repasar con Lorena al lado hablándome de Sergio.

Finalmente había accedido a hablar con él, pero entonces ella saltó con una aparente valentía y prometió hablarle ella misma. Eso me quitaba un peso de encima. Después de todo, pasara lo que pasara, no me echaría a mí las culpas.

Me percaté de que desgraciadamente seguía pensando en Lorena y su *misión* en vez de centrarme en el estudio.

Sorprendentemente, sabía exactamente cuánto tiempo había perdido. En definitiva, sabía cuántos minutos pasaban exactamente a cada instante. Salí al mundo real, en mi habitación, para ver si había pasado el tiempo que yo pensaba. Y así era. En mi refugio mental percibía el paso del tiempo de una forma muy peculiar... pero aún me costaba definir qué era lo que sentía.

Por suerte, pude emplear el resto de la noche para estudiar sin cansarme ni agotarme de ningún modo. Salí al mundo real tan fresca como si hubiese dormido. Fui a clase de buen humor, había logrado estudiar y, como era el último examen, nada podía salir mal. En una semana sería Semana Santa y no habría clase, lo que mejoraba aún más el panorama.

Tras las primeras clases, llegó el recreo. El examen había acabado y ya estábamos todos más relajados. Marcos Rojas fue el primero en dar conmigo. Vino a hablar sobre el club de lectura. Últimamente lo tenía un poco abandonado y quería saber si iba a seguir en él.

—Claro que sí. Lo que pasa es que estos últimos meses han sido complicados.

—Claro, lo entiendo. Solo quería saberlo. Ahora te veo de mejor ánimo, así que pensé que podrías ayudarme algún día.

—Cuando quieras. Ahí vienen los demás.

Como después de lo de mi madre Marcos empezó a juntarse con mi grupo, ahora éramos cinco. Había alguien más que de vez en cuando venía con Marcos, una chica llamada Amanda. Era muy simpática, pero nosotros éramos un poco raritos para ella. También era del club de lectura, por eso intentaba soportarnos.

Llegaron Lorena y Clara. Nicolás venía detrás, pensativo. No le había ido muy bien el examen y estaba reflexionando en qué pudo fallar, como si no lo entendiera.

—Déjalo, Nico —le dije yo adivinando lo que pensaba—, lo más probable es que te haya ido bien y no te lo crees. Con lo empollón que eres.

—Eso espero —contestó dudando un poco—. Mmm..., no sé si tendré el nueve que quería como mínimo.

Lorena venía de mal humor. Me había fijado, aunque esperaba que fuese algo fingido... No cambió su expresión.

—¿Qué pasa? —pregunté yo—. ¿Por qué tardasteis tanto?

—Yo la estaba esperando a ella —contestó Clara. Miró con sigilo a Lore—. Ella... estaba hablando con Sergio.

Eso me habría animado si no fuera por la expresión de Lorena.

—¿Y qué pasó, Lore?

—Está claro lo que pasó.

—¿Pasó de ti? —preguntó Marcos. Lo miramos con asombro, pero lo cierto es que siempre soltaba como si nada lo que pensábamos todos.

—Todo lo contrario, se mostró animado al hablar conmigo.

—Entonces no entiendo a qué viene esa cara de pocos amigos —le solté yo.

—Tú deberías saberlo —casi me gruñó. Yo debía de haber cometido algún error, no sabía cuál, pero finalmente de algo me echaba las culpas.

—No te entiendo.

—Se pasó todo el rato preguntando por ti.

—Ah, ¿sí?

—No te hagas la sorprendida. Habla de ti como si fuerais amigos de toda la vida. ¿Sabéis que hay una fiesta durante Semana Santa, además de la de primer curso?

—¿La de los de 2º Bach.? —preguntó Marcos—. A mí me invitaron, pero no sé si voy a ir.

—Claro, tú eres de segundo curso —aclaró Lore—, es normal que te invitaran, a mí también me invitaron... pero no es normal que inviten a alguien de primero, ellos tienen su propia fiesta. A menos que se trate de una pareja o algo así.

—¿Quién invitó a quién? —preguntó Clara.

—Sergio —dijo Lore subiendo la voz un poco—. Invitó a Désirée.

Me quedé sin palabras ante eso.

—Oh, deja ya de hacerte la sorprendida. —Seguía atacándome con esa mirada enfadada—. Está tan interesado en que vayas que ni me ha prestado atención a mí. Incluso anima a ir a a toda la panda si así vas.

—Yo... no tenía ni idea de eso.

—Entonces no vayas.

Pensé en eso un momento. Yo no era de ir a fiestas como esa a la que me invitaban, pero últimamente estaba probando cosas nuevas que realmente me acababan gustando. Preferí no perderme esa ocasión.

—Pues yo... —dije dudando—. Yo quiero ir.

—Cómo no —dijo fríamente Lore—. A ti también te gusta, ¿no?

—¿Qué dices? Nada que ver. Es solo que desde la muerte de mi madre... he pensado que probar cosas nuevas y pasarlo bien es lo mejor para superarlo.

—¿Olvidas que hay una fiesta para primero? No pongas como excusa a tu ma-

dre. Si tú vas a la fiesta..., si todos vosotros vais, yo no tengo nada más que deciros. No voy y punto.

—Lore...

—Déjame en paz —me cortó mientras se iba—. Seguro que ni le hablaste de mí aquella vez, sino de ti y...

Ya no la escuchamos más. Me sentí mal, pero no quería perderme aquella fiesta. Podía ir a la de los de primero, pero si estos eventos ya me llamaban poco la atención, ir a la fiesta de 1º Bach., que sería lo normal, lo que uno se esperaría, me llamaba menos. Era más interesante ir a la que Sergio me había invitado.

Cuando pensé en eso, me enfadé conmigo misma. Pero luego con Lorena. ¿Por qué iba a rechazar una invitación poco frecuente porque ella sintiera celos de una situación que no existía? Problema suyo.

Ojalá no hubiese pensado así. No solo porque yo misma me sentía peor por eso, sino por lo que me pude haber evitado.

## Sergio Torre

### 5

Me estaba preparando para ir a la fiesta de Semana Santa. Estaba contento porque iba a venir todo el mundo que yo realmente quería que estuviese. Mientras me peinaba sonó el móvil. Era una llamada perdida de Christian, eso significaba que él y Marta ya estaban abajo esperándome. Me molestó sorprendentemente poco que al final terminaran saliendo.

Por lo visto, Marta le había dado una oportunidad. Christian me contó que, al pedírselo, ella no estaba del todo segura porque no quería perder a Christian como amigo si algo salía mal. Pero lo que ella sentía por él era algo más que amistad, así que se concedieron un tiempo de prueba para ver cómo iba la cosa. Por lo que yo sabía, aún estaban en ese tiempo de prueba y Christian cumplió su palabra. Apenas si parecían una pareja cuando yo estaba delante y, aunque todos sabíamos que habían empezado a salir, yo estaba profundamente agradecido por ello.

Yo creía que el que no estuviesen demasiado juntos era una de las razones por las que poco me importaba, pero había dos razones más. La primera era que Marta no me gustaba tanto como yo había pensado en un principio. Y la segunda era que descubrí que yo ahora daba más importancia a otras personas que a ella. Un ejemplo de eso era Désirée, para mi sorpresa. Pero también estaba Laura, muy importante para mí y una gran amiga, aunque empecé a pensar que no pasaríamos de ahí.

Christian volvió a llamarme para que me diera prisa. Cogí mi chaqueta y salí a la calle. Mis amigos ya estaban allí. Marta estaba muy guapa, llevaba un vestido blanco muy ajustado. Iba bien ceñida, como a ella le gustaba, pero al ver a Laura se me quedó la boca abierta. Jamás la había visto así, estaba realmente guapa, incluso más que Marta. Llevaba un vestido azul de tirantes que le llegaba a la altura de las rodillas y llevaba su castaño cabello suelto y liso. Nunca me había dado cuenta de lo largo y bonito que lo tenía, ya que siempre lo llevaba recogido.

—Guau, Laura, estás preciosa.

—Gracias, Sergio —dijo ella riéndose y mirando hacia otro lado. Se había ruborizado. Yo le sonreía.

—Me reservarás un baile. ¿No, Sergio?

—Claro que sí, Marta.

—Yo también quiero uno —me dijo Christian.

—Bailaré con todos —prometí riéndome—. Oíd. ¿Dónde están Dani y Juan? —pregunté al ver que no llegaban.

—Me han llamado —empezó Christian—. No pueden venir. El padre de Juan está malo y la madre no puede estar pendiente todo el tiempo, así que quiere que se quede por si acaso. Dani ha ido a acompañarlos.

—¿Qué le pasa?

—Tranquilo, no creo que sea nada grave, nos lo habrían dicho.

—Bueno, pues vámonos —terminó Marta.

Al llegar vi que Désirée ya estaba allí. Ella también estaba muy guapa. Llevaba una camiseta de tirantes y una minifalda. Era un conjunto simple, pero elegante. Estaba sentada en una mesa, sola. Pensé en acercarme a saludarla, pero en ese momento sus amigos aparecieron y la sacaron a bailar. Yo me quedé con los míos. Saqué a Laura a bailar un poco como pretexto para acercarme a ella como por casualidad y saludarla, aunque en el fondo también quería bailar con Laura.

Estábamos cerca de Désirée y cuando iba a darme la vuelta para saludarla, fue ella quien me saludo a mí.

—Hola, Sergio. Gracias por invitarme, esto es genial. —Parecía muy animada, no recordaba si alguna vez la había visto así. Aunque, por otro lado, me daba la sensación de que estaba fingiendo.

—De nada, chica, me alegro de que te lo pases bien. ¿Y Lorena? ¿No ha venido? —Me extrañó no verla dando vueltas alrededor de ella.

—No, no ha querido venir por no sé qué problema que tuvo al final —me contó. Al hablar de Lorena, noté que no estaba tan alegre como quería hacer ver a los demás.

—Oh, bueno. En fin, ya nos veremos, ¡divertíos!

Laura y yo volvimos con Christian y Marta, que también bailaban a su aire. Yo, que no quería verlos así, aproveché para ir a por bebidas para todos.

Mientras pedía para mis amigos vi a unas compañeras de clase de Dési que hablaban entre ellas. Alguien debía de haberlas invitado también.

—Sí, sí, échale más. Ni siquiera se dará cuenta —decía una.

—Tía, ya. Nos estamos pasando. Dési parece divertirse, esto no es necesario. —Empecé a prestar más atención.

—¡Que sí! Así se animará de verdad, además esto no tiene casi nada de alcohol —decía la primera mientras llenaba con vodka un vaso que estaba a la mitad de coca-

cola. ¿Quién había llevado vodka a esa fiesta?

—¿Y Lorena? ¿No dijo...?

—Viene luego. Seguro que ella también quiere.

Le llevaban el vaso a Dési. No sabía qué hacer. Quería avisar a Dési pero, si me hubiese acercado, quizá me habría dicho «mejor así» y habría quedado como un idiota. Pensé que si Désirée no quería alcohol, era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que su bebida lo llevaba. Si no quería, no se lo tomaría.

Yo seguí con mis amigos. Bailamos varias veces. Pero en algunos momentos nos sentamos a hablar y bromear como siempre. Christian, que miraba continuamente a su alrededor, hacía un verdadero esfuerzo por mantener la promesa que él me había hecho. Hasta me sentí mal por haberle pedido eso. Al principio creí que sus miradas a todos lados eran parte de ese esfuerzo, pero me percaté de que estaba atento a algo que ocurría en otra parte y que solo podía verse desde su posición.

—Parece que al final hoy también te vas a llevar tu ración de Lorena.

—¿A qué te refieres?

En ese momento la vi, abriéndose paso entre compañeros de clase. Vi que se acercaba a mí a paso rápido.

—¿Podemos hablar un segundo?

—Claro —dije extrañado—. Ahora vuelvo —les dije a mis amigos mientras me iba. Vi cómo Christian se reía detrás de Marta.

## 6

—Sergio, ¿te gusta Désirée?

—Pero ¿qué dices, Lore? Désirée, igual que tú, solo es mi amiga. ¿A qué viene esto? —Se lo pregunté para disimular, pero sabía que los celos la comían por dentro.

—No, nada... —Ahora parecía avergonzada, evitando mirarme—. Era por si querías que te ayudase a salir con ella.

En ese momento llegó un grupo de chicas entre las que reconocí a la que echó alcohol en el vaso de Dési.

—Lore, vente. Corre. Vamos, ya verás...

—Bueno, hasta luego, Sergio —me dijo mientras sus amigas se la llevaban con Dési y los otros.

Al volver con mis amigos me ubiqué en un sitio desde el que podía ver mejor lo que pasaba. Vi cómo Lorena saludaba a su hermano y sus otros amigos. Estos, sobre todo Dési, parecieron sorprendidos de verla allí. Las chicas que se la habían llevado le dieron dos vasos y Lorena le pasó uno a Désirée. Empecé a pensar que Lorena, comida por los celos, quería emborrachar a su amiga como venganza, y todo porque yo le prestaba más atención que a ella. Me pareció que había caído muy bajo.

Yo seguí con mis amigos confiando en la inteligencia de Dési, pero vi cómo le pasaban un vaso tras otro y ella se los bebía. Estaba tan distraído mirando todo aquello, que casi no presté atención a mi propio grupo.

—Ay, ya, Sergio. Si tantas ganas tienes, vete con ellos —me llamó la atención Marta. En ese momento admití que tenía razón.

—Es que... míralas. Están borrachas y encima la están emborrachando a ella. A Désirée.

En ese momento Dési se subió a una barra y empezó a bailar con movimientos que dejaban claro que Lorena había conseguido lo que quería. Pero ella, lejos de arrepentirse, siguió incitándola a que bebiera más. Y Désirée lo hacía.

Sin pensarlo me dirigí hacia allí. No sabía qué quería hacer, pero algo tenía que hacer. No podía ver cómo la dejaban hacer el ridículo de esa manera.

En ese momento Désirée bajó de la barra y le dijo a Lorena:

—Sé lo que estás haciendo, guapa —en la voz también se notaba que estaba ebria—, pero quiero que sepas que me da igual. Y que si bebo es porque quiero. Después de todo... ¡Eres mi mejor amiga!

—Sí, Dési, claro. —Lorena le daba la razón y se reía, pero en el fondo sabía que en realidad la tenía y empezaba a arrepentirse. Dési se abrazó a ella, aunque me pareció que ya no sabía a quién abrazaba. Lorena volvió la vista y vio que me acercaba.

—Sergio...

—Ni me hables, tía —la interrumpí—. Se supone que tú eres su mejor amiga. ¿Cómo le haces esto?

—¡Ya lo sé! Ahora ya no sé qué hacer. Ayúdame, por favor.

—Querrás decir que no sabes dónde meterte.

No quería tener nada que ver con ella, pero se trataba de Désirée, así que me dispuse a ayudarlas.

—Gracias.

—No lo hago por ti. Lo hago por ella —le solté molesto.

Vi cómo Lorena asentía mientras se le escapaba una lágrima silenciosa y soltaba a Dési, que me miró con enfado.

—¿Cómo le hablas así a mi amiga? ¡Ni me toques, chaval!

—Vamos, Dési —empecé yo—. Un poco de aire fresco te sentará bien.

—¡No quiero! ¡Todo esto es culpa tuya! —En ese momento estalló a carcajadas y se soltó de Lorena para colgarse de mi cuello y empezó a susurrar—. ¿Te hablé ya de Lorena? Creo que sí, ¿no? Le molas. —Eso lo dijo más alto y Lorena retrocedió más avergonzada—. Pero yo no te lo he dicho, ¿vale?

Yo aproveché para llevármela fuera del local antes de que volviera a negarse. Una vez fuera, notamos que la temperatura había caído.

—Voy por su abrigo, supongo que lo trajo —dijo Lorena. Volvió a entrar y fue en dirección al guardarropa. Me alegré porque así podría estar a solas con Désirée y hacerla entrar en razón.

La chica temblaba, a pesar de estar ebria parecía notar más el frío que nunca. Me quité la chaqueta y se la puse sobre los hombros.

—¿Qué haces? ¡Dije que no quería estar contigo! —me gritó y salió corriendo por la acera tirando la chaqueta en plena calle.

—¡Dési! ¡Espera! —Salí corriendo detrás de ella. Era impresionante cómo mantenía el equilibrio.

La perseguí durante un rato hasta que conseguí atraparla mientras atravesaba un jardín. Ella intentó soltarse y me gritó, estaba fuera de sí. La agarré más fuerte, nervioso por si alguien presenciaba aquella escena y se hacía una idea equivocada de lo que ocurría.

De repente empecé a marearme. La solté bruscamente y ella siguió gritándome, pero yo ya no la escuchaba. Vi cómo a mi alrededor el jardín había desaparecido y me encontré en una especie de vacío blanco. Estaba flotando en medio de la nada y no entendía lo que había pasado. No sabía dónde estaba, qué hacía allí ni cómo demonios había llegado.

## 7

Un suelo se formó debajo de nosotros. Entonces Dési dejó de gritar de repente y cayó en mis brazos. Salí de mi estupefacción y la sostuve con firmeza. La dejé con cuidado en el suelo para ayudarla y ver qué le pasaba. El blanco infinito que nos envolvía comenzó a

oscurecerse y ya solo podía ver a Désirée, todo lo demás estaba en tinieblas. Comencé a gritar pidiendo ayuda, pero nadie me oyó, al parecer estábamos solos y al cabo de dos intentos me pareció estúpido seguir haciéndolo.

Me sentí impotente por no poder hacer nada por ella y empecé a asustarme, no sabía cómo podríamos salir de allí. Deseé que ella hubiese continuado gritándome. Al menos no me sentiría tan solo sin saber qué hacer.

Me llevé las manos a la cabeza, pero en ese momento la oscuridad empezó a iluminarse y nuestro entorno, a cambiar de forma. Nuevos colores nos envolvían y aumentaban mi confusión. Entonces comencé a ver paisajes y lugares increíbles donde nunca había estado. Todo era un galimatías de formas y colores que se formaban delante de mí. Era como estar en el sueño de otra persona. No entendía nada.

Una escena se formó ante mí. Dési estaba hablando con su madre. Miré al suelo, donde un momento antes había estado ella, pero ya no estaba. Vi cómo hablaban y me sentí extrañamente triste. Me acerqué a ella, pero parecía no verme. De repente desapareció y me encontré en la clase de Désirée, ella hablaba con Lorena y se reían. Sospechaba de Lorena, pero no sabía por qué. Sentía cosas que no eran mis propios sentimientos. Para mí nada de aquello tenía sentido. Y de pronto todo terminó. Cerré los ojos instintivamente y, cuando los volví a abrir, me encontraba en el jardín donde alcancé a Désirée, pero ella no estaba en ninguna parte. Ni rastro de ella.

Miré al cielo y vi que comenzaba a amanecer. Algunas personas salían de sus casas y se dirigían a trabajar, yo fui hacia la mía.

Cuando llegué, mi padre ya se había ido y mi madre y mis hermanos seguían durmiendo. Yo fui a mi habitación, estaba realmente cansado. Pero no paraba de darle vueltas a lo que había ocurrido. Yo no lo sabía, pero estaba seguro de que Désirée sí. Y me lo explicaría, de un modo u otro.

No tuve tiempo de pensar nada más. Me tumbé en la cama sin siquiera ponerme el pijama. Estaba tan cansado que, en cuanto cerré los ojos, me dormí. Tuve un sueño inquieto. Soñé que perseguía a Dési a través de un vacío blanco e infinito pero, cuanto más corría, más se alejaba ella de mí. De pronto yo empecé a caer y a caer. Me desperté unas horas después sobresaltado y un sudor frío me bajaba por la espalda. Vi que lo que me había despertado era el teléfono de mi casa. Era Christian, estaban todos muy preocupados porque no volví a aparecer y me perdieron la pista.

Le puse cualquier excusa. Estaba tan cansado que le dije que ya le explicaría más tarde y me volví a dormir. Esta vez descansé.

Volví a despertarme un poco entrada la tarde del sábado. Mi madre me dijo que mis amigos estaban en el garaje esperándome, tenía cara de mal humor, por lo que supe que Juan y Dani también estaban allí. Si estaban en el garaje probablemente querían ensayar, así que cogí la guitarra.

En cuanto entré, lo primero que me encontré fueron las preguntas y las caras de preocupación de todos ellos. Y luego el enfado por haberlos plantado.

—¡Esperad! ¡Dejad que me explique, por favor! —Parecía que todos querían matarme con la mirada.

—Más te vale que sea una buena explicación. —Marta, tan encantadora como siempre.

—Veréis. Ya visteis cómo estaba Désirée anoche. Fui a ver si podía ayudarla, me pareció fatal que le hicieran eso. Os juro que luego pensaba volver con vosotros. Pero me enteré de que al final Lorena había logrado emborracharla, estaba arrepentida y me pidió ayuda. Sabéis que no podía negarme. Después nos fuimos, Dési salió corriendo, fui a buscarla hasta que la alcancé. —Hasta ahí todo era verdad, después empecé a inventarme sobre la marcha lo que pasó. No podía contarles la verdad o pensarían que yo también había estado borracho—. Bueno, ella se paró y me dijo que estaba fatal y que su padre no podía verla así. Me quedé con ella y luego la acompañé a su casa en cuanto se puso un poco mejor. Como ya era muy tarde, me volví a la mía.

—¿Y no tuviste ni un segundo para llamarnos y decírnoslo? —me preguntó Marta—. Al menos no te habríamos estado esperando como idiotas. —Nadie lo dijo, pero vi en sus caras que todos pensaban lo mismo, incluso Laura, que miraba hacia abajo.

—Bueno, era tarde y yo...

—Ya, bueno, dejémoslo —me interrumpió Christian.

No todos se habían tomado muy bien la historia. Marta me miraba resentida, Christian incrédulo, y lo peor, Laura estaba decepcionada. Juan y Daniel no habían estado y prefirieron no decir nada.

—Así no tengo ganas de ensayar —dijo Juan.

—Yo tampoco —dijeron los demás. La verdad, yo tampoco las tenía.

Nos quedamos un rato así, en silencio, nadie dijo nada. No había nada que decir. Todo había sido por mi culpa y lo sabía. Pero no se me ocurría qué hacer. Si les contaba la verdad no me iban a creer. Y no les podía contar la verdad porque no estaba seguro de que fuera un secreto mío, más bien pensaba que era de Désirée. Al final Marta habló.

—Bueno, si no vamos a ensayar, mejor me voy. Ya nos vemos el lunes. —Claro, el lunes ya volvían las clases, pensé.

—Sí, yo también —dijo Christian—. Luego te llamo y me cuentas la verdad — me dijo susurrando mientras se despedía.

—Nosotros también, si no te importa, Sergio.

—Claro que no, chicos. El lunes os veo.

Todos huían menos Laura. Casi lo prefería así. Al menos quería poder arreglar las cosas con ella. Me miró, ella también quería estar bien conmigo. No tuve que decir nada. Ella empezó.

—¿Por qué, Sergio? Al menos podías haber llamado. Nos quedamos los últimos en el local esperándote. Estábamos preocupados por ti. Si hubieses visto a Marta... Estaba muy enfadada.

—Laura, ya sabes cómo es Marta. Siempre tiene que ser el centro de todo. No sé ni cómo podía gustarme.

—¿Te gusta Marta?

Mierda. Se me había escapado. Laura estaba muy sorprendida.

—Bueno... Me gustaba antes. Ahora ya no me gusta. Sale con mi mejor amigo. Además no quiero que me guste nunca más. Es un poco egocéntrica y egoísta. Pero Laura, por favor, por favor, no se lo digas a nadie. Solo lo sabe Christian. Si Marta se entera, me tratará peor de lo que ya lo hace.

—No, claro, pero... Bueno, es que... No sé, me has dejado un poco sorprendida. Christian lo sabe ¿y aun así salió con ella?

—Bueno. A los dos nos gustaba. Christian me pidió permiso y, como yo quería olvidarla, le dejé para poder dejar de pensar en ella de una vez por todas.

—Oh, claro. Ahora entiendo por qué Christian te estuvo defendiendo anoche.

Laura se quedó pensando. Y yo aproveché para explicarle a ella lo de anoche, por lo menos lo más creíble.

—Laura, de verdad, anoche quería llamaros, sé que hice mal, pero Dési estaba fatal. Tuve que estar todo el tiempo con ella para que no hiciera ninguna locura. No pude dejarla sola ni un segundo. Si ya es rarita estando normal, imagínate estando borracha. Y encima Lorena me dijo que iba a por su abrigo, pero ya no volvió. Le tuve que dejar mi chaqueta y ahí estaba el móvil y ella tiró la chaqueta y se fue corriendo. Bueno, fue todo un caos. Cuando por fin conseguí llevarla a su casa, ya estaba amaneciendo y no os iba a llamar a esa hora. Llegué a mi casa muy cansado y bueno... Me dormí ense-

guida pensando en llamaros en cuanto me despertara. Lo juro.

Sentí un fuerte deseo de contarle a Laura toda la verdad, pero ni siquiera ella me creería. Si me lo contaran a mí, tampoco lo creería. Pero, al parecer, funcionó la *media verdad*, porque ya me miraba de otra forma, incluso sonreía un poco. Respiré de alivio.

—Eres una buena persona, Sergio. Soy afortunada de tener un amigo como tú, porque cualquiera es bueno con sus amigos, pero hay pocos que ayuden de esa forma a quienes no lo son.

—Te equivocas, Laura. Tú sí que eres buena. Si no fueras mi amiga... yo me muero.

La abracé y ella me abrazó también, los dos nos reímos. Yo estaba ahora muy contentó. Al menos ella, que era de las personas más importantes en mi vida, me había perdonado.

En cuanto a los demás... Bueno, Juan y Daniel eran muy imparciales, así que, si no estaban para verlo, no opinarían, con ellos no tendría ningún problema. De Christian estaba seguro que me perdonaría y Marta... Bueno, a ella ya se le pasaría el enfado cuando quisiera. Ahora me daba igual tanto si me creía como si no.

Laura se fue también a su casa una vez que quedó todo arreglado. Llamé a Christian como le prometí y le conté más o menos lo mismo que a Laura, poniéndolo todo un poco a mi favor, de manera que Christian se creyera la historia. Yo sabía cómo pintar las cosas para que le gustaran y no pusiera pegos ni hiciera preguntas incómodas. No tuve problemas, como supuse, y me perdonó igual que Laura. Incluso me prometió que convencería a Marta.

Me quedé muy a gusto. Ya solo me quedaba un tema por resolver: que Désirée me explicara qué había pasado. Y el lunes lo haría. Claro que lo haría.

El domingo pasó sin mucha novedad. Estuve estudiando algunas cosas y dándole vueltas todo el rato a lo que me había pasado, pensando qué le preguntaría a Dési y cómo se lo preguntaría. Por suerte pude concentrarme lo suficiente en los estudios como para enterarme de lo que leía y no pensar demasiado en todo el caos que me envolvió durante casi una noche entera.

El lunes decidí fumarme la primera clase para hablar con Désirée, seguro que a ella no le importaría. Ella llegó un poco tarde, lo cual fue perfecto para mí, porque Christian y Marta ya estaban dentro y no me verían irme con ella. La esperé a la entrada de su clase y en cuanto llegó la cogí del brazo y la alejé de allí.

—¡Eh! ¿Qué haces? ¿Nadie te ha enseñado modales?

—Tenemos que hablar.

La metí en el baño de los chicos conmigo. Me miró sorprendida e incómoda. No sé qué pensaría, pero luego echó a un lado todo eso para darme una respuesta.

—Yo contigo no tengo nada que hablar —dijo muy convencida, dispuesta a irse. La detuve sin dificultad.

—Ah, ¿no? Entonces quizá pueda decirle a Lorena que le mentí... Le dije que tú no me gustabas nada, solo para que no tuvieses problemas con ella y ella no sufriera con los celos... Solo porque me preocupé por saber cómo estabas.

—¿Qué es lo que quieres, Sergio?

—Quiero saber qué pasó el viernes, después de la fiesta —dije tajante.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. El viernes por la noche salí corriendo detrás de ti y no sé dónde demonios nos metimos y..., y de pronto vuelvo a estar en el jardín y tú habías desaparecido. No sé lo que pasó, pero creo que tú sí, porque lo que vi allí, ese lugar extraño... Bueno, todo tenía que ver contigo.

—Sergio, yo... Bueno, estaba muy mal y no me acuerdo de casi nada. —Estaba confundida, pero yo estaba seguro de que ella sabía algo, lo veía en sus ojos. Pero al igual que yo no podía contárselo a mis amigos, parecía que ella tampoco podía contármelo a mí—. ¿Podemos dejarlo para otra ocasión?

—Dési, puedes confiar en mí. No quiero presionarte, solo quiero saber qué pasó. Lo más extraño de todo es que estoy seguro de que ya había visto algo así antes.

## Mihai Kolvenik

### 3

El avión sobrevolaba España en esos momentos. Striklan se mantenía callado mientras oía con unos auriculares lo que se veía en la pantalla que teníamos a dos metros delante de nosotros, a la que yo no estaba prestando ninguna atención. Lo miré a él varias veces hasta que reaccionó, se quitó los auriculares y me habló.

—¿Qué? —me dijo de forma hostil.

—En los otros vuelos hablabas a menudo. Ahora...

—Ahora estoy harto.

Miró por la ventanilla. Solo se veían nubes. Él siguió.

—No sé por qué vamos a Marruecos si ni siquiera sabes dónde está la persona que estamos buscando. Antes era un libro, ahora una persona... y no damos con ninguno. ¿Qué te ocurre, Mihai? ¿Es que no eres un creador de universos?

—Claro, y además el único —me esmeré en dejar bien claro—, pero este nuevo universo...

—Demuestra que no eres tan único. Alguien ha creado un universo para otro alguien, lo que quiere decir que ahora no solo buscamos una sola persona, buscamos a otro creador.

—Eso no importa. Lo que importa es que este universo que sentimos... Por alguna razón me resulta difícil de seguir... a la persona, quiero decir.

—Estás perdiendo facultades, pasa con la edad.

Cerró la boca y volvió a ponerse los auriculares. Yo me quedé pensando. Nos dirigíamos a la ciudad costera de Agadir. Ya habíamos pasado por Narbonne en Francia, Barcelona en España y ahora... En fin, me resultaba increíble. Hacía años que no tenía que pensar en perseguir gente que tuviese universos mentales creados por alguien con la misma habilidad que yo. Y ahora, en pocos meses, emprendía una segunda persecución. Porque entre nosotros, los creadores, nos percibíamos, aunque sin ubicación, solo la existencia. Estábamos ahí, podíamos sentirnos.

Eso sí, en cuanto uno creaba un universo, al instante los demás sabían dónde había sido creado, porque podíamos sentir incluso dónde estaba la persona que lo poseía. Así habíamos encontrado Striklan y yo al creador del que nos deshicimos en Melbourne. Así me había encargado yo de todos los creadores que me había encontrado a lo

largo de mi vida. Pero ahora... había un universo nuevo y no podía percibir a ningún otro creador. Y todo en medio de nuestra búsqueda de un libro que precisamente hablaba de lo referente a esas realidades. Muy extraño, demasiado. Lo que me desquiciaba era que, además, no era capaz de encontrar a la persona poseedora de ese mundo. Allí donde creía que estaba, al final no era así. Siempre había sido capaz de localizar a los poseedores, pero este se resistía.

Tenía la sensación de que estaba cerca, muy cerca, podía notarlo dentro de mí. Quizá Marruecos fuera la clave, y si no era allí, no andaría muy lejos esta vez.

De todas formas, si no lo encontraba allí, Marruecos no sería una total pérdida de tiempo. Algunas de las leyendas menos conocidas de esa zona hablaban acerca de la existencia de un manuscrito en el que se escondía el secreto de un gran poder, uno que se hallaba latente en la humanidad desde hacía siglos y que resurgiría discretamente con el paso del tiempo. Solo era cuestión de buscar en los lugares indicados si se trataba o no del libro que Striklan y yo queríamos encontrar.

Acabábamos de sobrevolar el estrecho de Gibraltar según me informó una azafata. Llegaríamos al aeropuerto de Agadir en unos momentos. Mike y yo tuvimos suerte de encontrar una ruta que nos permitiera aterrizar en aquella ciudad, pues el aeropuerto de Agadir era uno de los más pequeños de Marruecos y pocos vuelos aterrizaban ahí en esta época.

Striklan seguía ensimismado y en aparente calma. Al contrario que yo, que me removí inquieto en mi asiento. Solo el pensar que había alguien más como yo y además que fuese alguien que yo no pudiese encontrar me frustraba y cabreaba. Cuánto más la idea de que un universo mental había sido creado y yo no conseguía su localización exacta.

Si no estaba en Agadir, las ideas se me agotaban, pero no podía abandonar el cometido de seguir buscando al otro creador y el poseedor del universo creado. El libro empezaba a ser un tema de punto y aparte, era una búsqueda importante, sí, pero mis prioridades empezaban a cambiar.

Por fin aterrizamos en una pista pequeña del aeropuerto marroquí. El avión tocó el suelo con una leve sacudida apenas perceptible, pero que yo noté claramente, pues mis sentidos estaban totalmente en alerta en busca de cualquier señal que pudiese indicarme el lugar exacto de lo que buscaba.

Striklan se levantó en silencio y cogió su equipaje de mano. Se encaminó a la salida del avión sin dirigirme la palabra y yo lo seguí también en silencio.

Nada más poner un pie en suelo marroquí comencé a notar que algo no iba bien, pero no lograba distinguir qué era en un principio.

Horas después recorriamos las calles de Agadir. Tal y como me había pasado en Francia y en España, ahora sentía la presencia del poseedor de universos en otro lugar. Una vez más, me habían desorientado y el mal humor de Mike empezaba a contagiármeme.

—Ya empiezas a entender cómo me siento, ¿no? —me dijo Michael de forma un poco burlona. Él de verdad disfrutaba mi estado de ánimo. Pero yo supe contraatacar.

—Quizás, un poco. Pero tengo un as bajo la manga. No te dije que estuve aquí hace algunos años ayudando a un tipo que podría llamarse mi mentor, él buscaba información sobre algo, no estoy seguro de sobre qué, yo solo vine para conocer la ciudad. Recuerdo el nombre de alguien que mi mentor no paraba de repetir.

—No me digas Mohamed porque me largo.

Me reí.

—No todos se llaman así por aquí. Hablando en serio, el hombre se llama Rachid Rahuní, creo. La gente lo conoce, o lo conocía, como un cuentacuentos bastante malo.

—¿Ahora vamos a oír cuentos malos?

—Sé que ese hombre sabe cosas que ahora nos interesan. No lo conozco, pero sí oí algunas historias interesantes sobre él. En este lugar no es que tenga buena reputación, espero que no se haya ido.

—Ese tal Rachid hablará inglés, al menos.

—Eso parece. Quizás aún lo encontremos.

—Déjame adivinar, en alguna librería.

—Oh, no. —Reí—. No tiene nada que ver. Oí que contando historias era bueno, lo malo es que no es lo único que hace. Sus otras actividades no son públicas, ni legales. Solo hay que preguntar por él y con suerte lo hallaremos.

—Fácil decirlo. Con suerte también podríamos haber encontrado al poseedor del universo mental o a su creador... o, mejor aún, haber encontrado el libro de El Refugio de la Mente.

—No seas pesimista.

—Dentro de poco será un año de viaje y aún no tenemos ni pistas.

—Por eso vamos a buscar a Rachid. Debe de conocer leyendas que nadie más conoce y no ha contado a nadie, porque nadie ha querido escucharlas, unas que nosotros

sí querremos oír.

Mike quería disimular, pero en el fondo sentía tanto interés como yo. No era una fuente muy fiable a la que íbamos a visitar, pero era lo único que teníamos por ahora y no todas las leyendas y fábulas eran totalmente mentiras. Toda historia ficticia tenía su base en la realidad, y seguramente las historias de Rachid no serían una excepción.

Preguntamos por el pueblo y mucha gente fingía no conocerlo, se notaba mucho: decían que no y se alejaban rápidamente. Los pocos que lo admitían nos advertían sobre él. Tenía peor fama de la que recordaba, o quizá su reputación había empeorado con el tiempo.

A trancas y barrancas llegamos hasta la casa del cuentacuentos. Apenas si era una choza pintada de blanco, casi a las afueras de la ciudad. Dudaba seriamente de que lo protegiera mucho del sol de Agadir.

Llamé con los nudillos y al poco me abrió la puerta un hombre bajito y encorvado por la edad, que se apoyaba en un bastón hecho de madera coronado con la cabeza de un águila mal hecha. Me miró con los ojos velados y una mirada perdida. Estaba ciego.

—¿Quién es? —preguntó el anciano.

—¿Señor Rahuní? Hola. Permítame que me presente. Me llamo Mihai Kolvenik y me acompaña un amigo, Michael Striklan.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Turistas? No quiero que me molesten.

—Oh, lamentamos molestarle. Somos dos apasionados por las leyendas y nos dijeron que usted era el mejor contándolas.

—Dudo mucho que les dijeran eso. Es más, probablemente les hayan hablado de actividades muy distintas... De todas formas, hay muchas personas por ahí que les contarán encantados lo que quieran saber por un par de monedas.

—Usted es el mejor. Tiene que ser usted —contraataqué, quizás con un leve tono amenazante que no quise que se notara, mientras intentaba cerrarme la puerta y yo la paraba con mi mano. Mike se estaba poniendo furioso. Di gracias al cielo de que aquel hombre fuese ciego o al ver la cara de Mike habría cerrado bajo siete llaves, y aquello había que hacerlo por las buenas.

—Está bien, pasen —cedió el anciano, impotente.

Con una sonrisa triunfal, pasé delante de Mike a la casa del hombre. Sentí que me faltaba ya muy poco.

El viejo se sentó en una butaca con apoyabrazos y Mike y yo nos sentamos en un

sillón destartalado que había enfrente. No me equivocaba en cuanto a la casa, el calor era asfixiante, pero lo que estaba por oír era más importante que el calor.

—Bien —comenzó—. ¿Qué quieren saber?

# Désirée Rebelle

## IO

Finalmente, lo que me había temido resultó ser cierto: había cometido un error terrible. Estaba molesta conmigo misma, muchísimo, y por tantas razones que hasta me daban ganas de gritar.

No sé qué fue más desesperante, haberme emborrachado o haber llevado sin querer a mi universo a un chico de quien no sabía si me podía fiar. ¡Apenas lo conocía! Claro que no estaba preparada para explicarle nada, pero... ¿es que me dijo que alguna vez había estado en un sitio así? Imposible, habría sabido qué era y por su forma de hablarme, no tenía ni idea.

Estaba tan mal ese día que esperaba que lo que estaba en mis recuerdos fuese producto de mi imaginación en ese estado de embriaguez que tenía.

Durante los días siguientes a la fiesta, peor por culpa de la vuelta de las clases, me alejé de todos y, si hablé con alguien, fue de mala manera. Entre las personas que se acercaron a mí, Sergio fue el que más desprecios recibió de mi mal humor. Por un lado, estaba tan molesta conmigo misma que centraba la culpa sobre él. Pero ¿qué culpa? ¿La de llevarlo a mi refugio mental?

Por otra parte estaba enfada por el hecho de sentirme bien con el arrepentimiento de Lorena. No le estaba poniendo las cosas fáciles, claro que no. Y eso me agradaba. Se sentía fatal por lo que había hecho... Mis compañeras de clase participaron, pero ella fue la de la iniciativa. Y yo, sabiendo lo que se proponía, me dejé llevar, bebí más de la cuenta, hice un ridículo horrible y minutos u horas después me hallaba en mi universo mental, ya totalmente despejada, extrañamente sin resaca, y con la terrible sensación de haber estado con Sergio en aquella realidad.

Y no me equivocaba. ¿Qué debía hacer ahora? Ya arreglaría lo de Lorena, ahí era yo la que podía zanjar el problema, aunque de momento no quisiese. Pero con Sergio... No sabía por qué pensaba tanto en él antes de llevarlo a mi universo, ahora no saldría jamás de mi cabeza. Eso me molestaba aún más.

Cuando me dejó salir del baño al que prácticamente me había arrastrado, no fui a clase. Decidí irme a mi universo directamente. Seguro que cuando él salió, al no verme, se imaginó lo que había pasado, aunque le costase creerlo. Me dio igual en ese momento, mas fue otro error. Su curiosidad creció.

Lo evité cuanto pude día tras día debido a eso. A nadie le extrañó, evitaba a todo el mundo desde mi puesta en ridículo. Lo que peor me sentó fue la burla de algunos estúpidos de segundo curso. Me decían cosas como: «Ey, francesa, ¿cuándo harás otro de tus bailes eróticos?» o «¿Unas copitas, Désirée?». Me daban ganas de llevármelos a mi universo y aplastarlos bajo miles de toneladas de lo que fuese... Resistirme a eso fue toda una hazaña, aunque me hizo gracia imaginar la escena. Pensé en entrar en mi mundo, recrearlos y ver cómo quedaban hechos picadillo. En fin, nunca fui sádica, pero fueron unos días difíciles.

Algo así como semana y media después, empezaron todos a olvidar mi humillación. Había otros casos como el mío del que reírse. Pero Sergio no olvidó nada, claro que no.

Lorena me pidió disculpas todo el tiempo y, aunque yo no la evitaba, no le dirigía la palabra, solo me quedaba mirándola.

—Me dijiste que eras mi mejor amiga —me dijo un día—, y que sabías lo que hacías pero te daba igual.

No respondí. Ella siguió.

—Por favor, Dési, perdóname... De verdad, lo siento. Fui una paranoica, me excedí.

No le dije nada. Por fin, se despidió apesadumbrada y se fue. Su hermano me dijo que me estaba pasando un poco, aunque después de lo sucedido, era bastante lógico. Marcos intentó no sacar el tema en ningún momento. Ahora lo ayudaba más en el club de lectura, eligiendo obras literarias, haciendo comentarios sobre libros... Sin embargo, no pudo evitar hablar sobre ello.

—Lo siento, Dési... pero tengo que decirlo.

—Si vas a hablar de Lorena, no te haré caso.

—Estás haciendo que el grupo se distancie.

Lo sabía, pero tenía preocupaciones más importantes.

—¿Y qué? Ninguno hizo nada para evitar que me...

—Tú tampoco lo evitaste. Sabías lo que hacías y lo hiciste de todas formas.

—Estaba deprimida por muchas cosas, Lorena era un problema más... Si hubiese sabido lo que quería hacer antes de que empezara todo... Cuando me di cuenta ya estaba demasiado alegre para resignarme y parar.

—Yo no estaba ahí pero, si hubiese estado, tampoco te habría parado.

Eso me dejó de piedra.

—¿Qué? ¿No me habrías ayudado de ninguna forma?

—Tú te lo guisas, tú te lo comes. Lo siento, es la realidad. Uno se equivoca y debe aceptar las consecuencias.

—Eso mismo quiero que sienta Lorena.

—Y el resto del grupo ¿qué?

No le respondí. Recogí mis cosas.

—¿Te vas?

—Ahora mismo no me apetece nada de esto, Marcos. Lo siento.

—Ya. Oye, no te enfades, ¿vale?

—Tranquilo, estoy bien.

—¿Por qué no me haces caso y vas a hacer las paces con Lore? No hace mucho que me incorporé a tu panda. Me están gustando, y creí que estabais más unidos que nadie... No hagas que lo vea de otra forma.

—Quizás yo lo veo de otra forma.

—Quizás estás diciendo tonterías.

Me sonrió. Yo sonreí también, no pude evitarlo.

—Está bien, Dési. No te obligaré a ayudarme con García Lorca, pero sí a hablar con Lorena.

—Vale, lo haré. Supongo que ya sufrió bastante.

—Qué sádica eres. Seguro que si se te ocurriera aplastar a esos idiotas que se burlaron de ti, lo harías con una sonrisa malévola de oreja a oreja.

Solté una carcajada bastante sonora.

—¿Qué dices, Marcos? Eso ni lo pensaría.

Dejando la curiosa casualidad de las palabras de mi amigo, me alejé de él y salí de la biblioteca, donde solíamos reunirnos después de clases. No tenía nada que hacer, así que llamé a Lorena. Se sorprendió mucho, claro. Quedé con ella en su casa.

Mientras me dirigía allí, me crucé con la panda de Sergio. Vaya, qué mala suerte. Él les dijo algo a sus amigos y se separó del resto para venir a mi encuentro. Se puso entre su panda y yo, como si no quisiera que yo los viese, o que me viesen ellos a mí.

—¿Qué quieres, Torre? No tengo tiempo para tonterías.

—Ahora me llamas Torre, ¿eh? ¿Desde cuándo te caigo así de mal?

—Es tu apellido... ¿Por qué no iba a llamártelo?

—Da lo mismo. Ya sabes de qué quiero hablar.

—No estoy segura. Quizás de aquello para lo que me metiste en un baño de tíos

casi a rastras. Cualquiera habría pensado que me llevabas para liarnos.

—¿Qué? Me parece que has vuelto a beber...

Palabras equivocadas. Lo miré con rabia y pasé a su lado golpeándole un hombro. Me alejé a paso rápido y decidido. Él me siguió.

—Perdona, no quería decir eso.

—En cualquier otra circunstancia me habría dado igual. Pero ¿qué pasa, no sabes ubicarte? Intento superar una humillación y tus bromas no ayudan. ¿Luego quieres caerme bien?

—Tratas así a todos. Creí que sería diferente conmigo.

Me detuve y él se paró casi sin tiempo. Lo miré a los ojos fijamente.

—¿Y eso por qué?

—Porque sé algo de ti que los demás no.

Di media vuelta y me alejé.

—No sabes nada de mí.

## II

Pensé que Sergio me seguiría, así que, en cuanto me perdió de vista por una esquina, vigilé que nadie me estuviese viendo y me transporté a mi universo para llegar hasta el portal de Lorena. Aparecí en el interior del edificio. Subí al piso de su familia y llamé. Lore abrió rápidamente, me estaba esperando.

—¿Alguien te abrió el portal? —me preguntó.

—Ehh..., sí. Un vecino tuyo que salía.

—Claro. Entra.

Su madre me saludó. Fue más amable de lo normal, algo que Lorena notó y pidió que nos dejara solas. Fuimos a su habitación. Nicolás pasó por el pasillo y me saludó sorprendido, no sabía que iría. Pero se alegró.

Cuando entramos, Lore cerró la puerta y se sentó en su cama. Yo me acomodé en la silla del escritorio. Ella quería que me sentara a su lado, estaba claro, pero no dijo nada. Nos quedamos mirando un rato. Empezaba a ser una situación un poco incómoda.

Por fin, ella habló.

—Esto... No es que no te agradezca que me vuelvas a hablar, pero... ¿por qué así de repente?

—Quizás... es que quiero disculparme.

—¿Tú?

—Sí. Que alguien te ignore es algo horrible.

—Tú no me ignorabas, solo... no me dirigías la palabra. Es raro, pero no me sorprendió.

—Y eso es peor. Por eso te pido perdón. Tú te pasaste por culpa de los celos, injustificados, por cierto. Yo simplemente quería verte arrepentida y fastidiada.

—Eso incluso es más raro en ti —dijo bajando la mirada.

—Últimamente estoy cambiando mucho. Y me asusto a mí misma a veces con mis propios pensamientos.

—¿Qué hay de Sergio?

—Si te refieres a si volveré a hablarle de ti, ni lo pienses. Por culpa de ese tío nos peleamos nosotras.

—He visto que te está acosando.

Buena forma de verlo, pensé.

—Quizás me lo puedas sacar de encima —le dije. Esa sería una forma de que ella hablara con él y de que él me dejase un poco tranquila—. Me está agobiando y él ni siquiera me interesa.

—¿Qué quiere de ti? —preguntó sin pensar—. Me refiero... Déjalo... No importa, olvidémonos de él.

Una decisión acertada. Empezaba a molestarme que Sergio volviese a ser el tema principal. Después de horas hablando, logramos olvidar por completo los problemas que habíamos tenido. Aunque no me diese cuenta, era al fin y al cabo lo que yo quería. Cuando salí del piso, mientras bajaba las escaleras, me puse a pensar si podía confiar a mis amigos el don que poseía. Lamentablemente, alguien que en ese momento poco me importaba insistía en confirmar lo que había descubierto, por insistencia más que nada. Pero en mis amigos, mis mejores amigos..., ¿por qué no iba a confiar en ellos? Al menos en Lore.

Decidí que algún día se lo diría, cuando tuviese respuestas a las preguntas que aún no me había contestado a mí misma.

Llegué a casa y mi padre me recibió con la cena. Debía haberla hecho yo, pero se me había pasado la tarde entera sin darme cuenta.

—Lo siento, papá, no me di cuenta de la hora.

—La cena ya está hecha. Ahora da lo mismo, ¿no? —me dijo con el mejor de los

ánimos.

No le di más importancia al asunto y cenamos tranquilos. Poco después me fui a la cama. En realidad, en vez irme a la cama, me fui a mi universo. Desde mi humillación en público había vuelto a pasar mucho tiempo allí.

Por alguna razón que no llegaba a entender, estar allí me descansaba. Al volver al mundo real por la mañana siempre estaba mejor, más despierta. Ahora solo dormía cada tres o cuatro días, a veces con menos frecuencia. Lo que hacía era estar en mi propio refugio mental viendo recuerdos, modificando mi entorno, y probando cosas nuevas.

En concreto en esta ocasión, probé desplazarme en vuelo entre todo lo que había creado ya en ese mundo. Había varias versiones de mi ciudad en diferentes lugares de mi universo. No me había dado cuenta antes, pero no deshacía las ciudades que formaba y a la vez formaba otras similares. Mi habitación estaba repetida casi diez veces. Parecía que era un universo infinito, por lo que alcanzaba a entender.

Percibir cada espacio del infinito es algo inconcebible en el mundo real, pero allí mi mente se ampliaba y, lo que a cualquiera le parecería imposible, para mí dejaba de serlo.

En realidad, hacía falta algo de concentración para llegar hasta ese punto. Si no, simplemente era ver lo que había alrededor y ya.

Pero mientras levitaba a través de esos edificios faltos de color, sucedió algo que no me esperaba. Comencé a sentir algo en mi universo; no, fuera de él. ¿Cómo era posible?

No era el mundo real..., no... pero me costaba darme cuenta de lo que era. Hasta que caí en que se trataba de algo similar a mi refugio mental. ¿Otro universo? ¿Podía sentir otros universos diferentes al mío?

Por la mañana salí al mundo real. Durante horas había sentido la presencia de esa otra realidad ajena a la mía. Entonces, desapareció. Estaba sorprendida e intrigada. Quería volver a sentirlo.

Había clase y estaba llegando tarde, así que decidí no darle vueltas a eso hasta que acabase la jornada.

Se me hizo fácil centrarme, tal y como me pasaba últimamente. Fácil concentración y buena memoria, entre otras cosas; ya no tenía dudas de que era a causa de descansar en un universo diferente. Tenía que esforzarme mucho para comportarme de la forma más normal con mis amigos, que agradecieron que Lore y yo hubiésemos hecho las paces. Como hacía tiempo que no lo hacíamos, salimos a tomar algo después de clases.

Nos reunimos en la cafetería de costumbre cercana al instituto. Marcos, Nico y Clara fueron los que más hablaron. Lorena y yo apenas abrimos la boca. Ellos lo tomaron como algo natural, acabábamos de retomar nuestra amistad y nos costaba un poco. Nada más alejado de la realidad, pero no iba a ser yo quien se lo dijese. No sé qué le ocurriría a Lore, pero a mí me había logrado consumir la curiosidad por lo que había sentido durante la noche anterior.

Rápidamente se interrumpieron mis pensamientos cuando la puerta del establecimiento se abrió para dejar paso a Laura, Marta, Juan, Daniel, Christian y, por supuesto, Sergio. Increíble, recordaba los nombres de todos. Me reí para mis adentros al pensar que seguro que ninguno de ellos sabía los nombres de mis amigos.

Tal como me esperaba, Sergio me dedicó una mirada para nada fugaz. Desvió la mirada cuando se dio cuenta de que Lorena lo observaba detenidamente. Ella luego me miró a mí, viendo que yo también estaba atenta a lo que hacía el chico.

Me dedicó una sonrisa y luego empezó a hablar.

—Tranquila —me dijo—. No dejaré que se te acerque.

Nos reímos bajo ante la expresión de incredulidad de los demás.

—¿Qué pasa? —soltó Nico, señalando sin preámbulos hacia Sergio—. ¿Te está molestando?

—No es eso...

—Nico y yo nos encargamos de él si quieres —propuso Marcos. Me reí nerviosamente—. Tranquila, que no te vuelve a llevar a...

Se interrumpió. Los demás lo miraron de forma acusante negando con la cabeza.

—¿Llevarme a dónde? —pregunté sobresaltada.

—A ningún sitio —respondió Marcos, pero ya estaba claro que alguien había visto cómo me llevaba Sergio al baño de chicos.

—¿Ningún sitio? ¿Cómo sabéis que me llevó a ese *ningún sitio*?

—Todo el mundo lo sabe —contestó Clara con total sinceridad—. Solo eran ru-

mores, yo no me lo creía hasta que te pusiste así.

—Dési —susurró Lorena—. ¿De verdad...?

—¿Quién me vio? —interrumpí.

—Uno de segundo —contestó Nico—. Según dijo, no esperó a verte salir, tardabas mucho. Pero ¿qué? ¿Es que pasó de verdad? ¿Qué hacías ahí precisamente con él?

—Yo... ¿De verdad lo saben todos? —Siempre era la última en enterarme de los rumores. Vaya, qué desafortunado malentendido. Ellos me miraron expectantes. Como estaba de buen humor, por un momento quise seguirles la corriente, solo para reírme—. Nosotros... no tardamos tanto.

—¿Qué? —susurró Lore casi sin voz.

Marcos y Nico soltaron una débil carcajada de sorpresa.

—Es una broma, ¿no? —preguntó Clara.

Esperé un momento antes de seguir.

—¿Sabéis? Él no está tan dotado como dicen.

Ellos se quedaron paralizados. Lorena permaneció boquiabierta un momento hasta que vio un atisbo de sonrisa en mi rostro, luego estalló a carcajadas. Los otros rieron no sin ciertas dudas, pero terminaron por aceptar que no hablaba en serio.

—¡Venga ya, chicos! ¿De verdad creéis que podría tirarme a Sergio? ¡¿Y en un baño?! Pensad un poco con quién estáis hablando.

Me tapé la cara fingiendo vergüenza mientras mis amigos reían ahora con más convicción. Entonces lo sentí de nuevo. Una presencia infinita... Nada corpóreo, lo cierto era que no se trataba de algo... ¿real? Era mental. Una mente, un universo. Ahora lo sentía con gran intensidad.

—Sergio —oí decir a Laura desde donde estaba su grupo—, ¿estás bien?

Miré al chico y observé que parecía absorto en sus pensamientos, tanto que no oía nada ni a nadie. Cerró los ojos. ¡Lo sentí con más fuerza aún! Sergio abrió los ojos y miró a sus amigos. Había vuelto en sí.

—¿Qué te pasa, tío? —preguntó Christian.

—Nada, nada. Estaba... pensando, nada más —contestó riendo un poco, más bien forzadamente.

Yo dejé de sentir la presencia. En realidad era imposible explicar lo que percibía. No podía llamar presencia a eso, pero a falta de palabras mejores, era la más apropiada. Sergio me miró disimuladamente. Reparó en que yo tenía la vista puesta en él también. Entonces cerró los ojos de nuevo.

¡Otra vez! ¡Cada vez más intenso! Pero ¿qué pasaba? Sergio, era Sergio. Si antes había alguna duda, ahora estaba totalmente claro. No sabía cómo se habría sentido otra persona con universo mental al percibir mi primer acceso al mío, pero tenía que ser algo como eso. Me preocupaba el hecho de que cada nueva aparición de ese sentimiento era más fuerte que el anterior.

—Este tío no sabe lo que hace —susurré.

Si de verdad era él el que me hacía sentir aquello y lo que pasaba era que estaba intentando acceder a su propio universo, ni él ni yo querríamos que desapareciese delante de toda la gente de la cafetería. ¿Debía ir y sacarlo de allí?

No hizo falta. Él se levantó y salió a paso rápido de la cafetería. No dio tiempo a sus amigos a detenerlo o preguntar.

—¿Qué le habrá pasado? —oí que decía Nico.

Yo me levanté y me disculpé. Dejé en la mesa el dinero que correspondía a mi consumición y salí rápido del lugar. Sergio se había ido corriendo, lo había perdido de vista. Anduve un rato en la dirección en que me pareció que había ido, esperando encontrarlo. Pero no fue así. Decidí buscarlo de otra forma. Me aseguré de que nadie me veía y entré en mi universo.

Salí deseando encontrar a Sergio. Pero al aparecer en el mundo real, a pocas manzanas, no lo vi por ningún lado. Estaba a dos metros del portal de entrada de un edificio. No había casi nadie andando por allí, por lo que me asusté cuando alguien me sujetó por los hombros y me hizo caminar torpemente hasta el portal, donde quedamos bastante resguardados de las miradas. Miré a quien estaba conmigo y comprobé que era Sergio.

—Muy bien, Désirée —dijo atropellando las palabras, estaba un poco agitado—. Cada vez me siento más raro, mi mente vuela por ahí y sueño constantemente con ese sitio que vi la semana pasada contigo... y ahora te he visto aparecer de la nada. Ya no tienes forma de esquivarme, Dési. Cuéntame de una vez qué ocurre. Sé que lo sabes.

Me quedé allí parada sin saber qué decirle. Estaba sorprendida, asustada, y me sentía extrañamente indefensa. Se me ocurrió huir por mi universo, de todos modos él ya me había visto hacerlo. Pero, dado que se encontraba en una situación difícil y rara para él, incomprensible podría decirse, no tuve más remedio que dejar de huir y enfrentar la realidad, fuese cual fuese.

—Está bien, Sergio. Dame tu mano.



## Sergio Torre

### 8

Después de semanas intentando recuperar unas horas de mi vida que no comprendía, me descubrí tirado en mi cama intentando creer lo que ahora sabía.

Dési me contó su secreto y yo apenas si podía entenderlo; ella me lo explicó muchas veces, pero era incapaz de creerlo del todo. Y no solo eso, sino que también ahora sabía qué era lo que me pasaba a mí cuando parecía que no pensaba en nada. Era mucha información que asimilar en muy poco tiempo. Empecé a recordar el momento:

—Está bien, Sergio. Dame tu mano.

De repente me encontré en un espacio infinito completamente blanco, como la otra vez.

—Este es mi universo —me decía ella mientras yo intentaba asimilar lo que veía, porque miles de cosas empezaban a formarse a mi alrededor—. Aquí puedo hacer lo que quiera. No hay reglas ni ley. Solo existe lo que yo quiero que exista.

Una ciudad llena de edificios blancos empezaron a colorearse. De repente me di cuenta de que estaba en mi calle. Sabía perfectamente que en mi casa estaban mi madre y mis hermanos, pero al mirar por la ventana no había nadie ni se escuchaba nada.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Ya te lo he dicho. Estamos en mi mente. Estás donde yo quiero que estés. No es tu casa, en realidad —dijo señalando hacia la puerta—, es solo mi recuerdo de ella. No hay nadie porque no sé cómo son tus padres y no puedo recrearlos aquí. Todo lo que ves son solo mis recuerdos y pensamientos. Estás en mi mente, Sergio. Así de simple.

¿Simple? ¿Acababa de decir «simple»? La miré incrédulo. A mí no me parecía nada simple. Estar dentro de la cabeza de alguien que tiene un universo propio me podía parecer de todo excepto simple.

—Yo... Bueno, todo esto... ¿es tuyo?

—Sí, es todo mío y hago lo que quiero. Sé que al principio cuesta un poco entenderlo.

Hice un gesto dándole a entender que tenía razón y que no solo costaba un poco. Me estaba costando un esfuerzo tremendo creérmelo de verdad.

—Haces lo que quieres. ¿Como qué?

—Bueno, cualquier cosa. ¿Quieres levitar? Es lo que más me gusta.

Entonces empezamos a levitar. Nos elevamos muy alto, por encima de los edificios que ella misma había formado. Era una sensación increíble. Aquello tenía que ser un sueño, pero estaba tan despierto... Continuábamos elevándonos hacia un cielo que Dési acababa de pintar de azul, ya que antes era blanco. Un cielo sin sol ni nubes. Aunque el día estaba claro. No corría ni un soplo de aire a pesar de que estábamos a gran altura, o lo que a mí me parecía gran altura. Al mirar hacia abajo vi la ciudad tan pequeña que era un punto en medio de una vasta llanura blanca que se extendía hasta el infinito. Realmente aquello era lo que ella quería que fuese.

—¿Podemos bajar, por favor? —le dije, en voz un poco alta. Comenzaba a marearme.

—Claro. —De repente me encontraba en el suelo—. No hace falta que me grites. Te escucho perfectamente. Aquí no importa lo alto o lo lejos que estemos.

—Es increíble.

—Lo sé. Yo también lo pensé la primera vez que estuve aquí. Es muy fuerte, ¿verdad? Darte cuenta de que eres... Bueno, ni siquiera sé en qué te convierte tener un universo como este. ¿En alguien especial quizás?

Ella era especial, siempre lo había sabido, pero no hasta qué punto. Entonces sentí deseos de comprobar el alcance de aquel don. Quería saber tanto como ella.

—¿Qué más puedes hacer?

—¿Cuántas veces te lo voy a tener que decir? Puedo hacer lo que quiera, lo que me dé la gana, absolutamente todo lo que yo quiera que pase o exista, o cualquier cosa.

—Entiendo. Y... ¿lo que haces aquí es... real?

—Bueno, aquí sí. Esto es una realidad, pero no afecta a lo de afuera, si es eso a lo que te refieres.

—Ya. ¿Y si me hago una herida aquí, luego afuera la tendría?

—¿Por qué harías eso? No sé qué pasaría. No tiendo a autolesionarme, así que nunca lo he probado. Pero supongo que sí, porque tú estás aquí físicamente. Tus sentimientos son tan reales aquí como afuera y persisten tanto en una realidad como en otra. Es lógico pensar que físicamente ocurre lo mismo.

—Esto es genial. No me lo puedo creer. Tienes un sitio que es solo tuyo. Quiero decir, puedes hacer lo que quieras, venir cuando quieras. Es increíble.

—Sí, veo que lo vas captando.

—Oye, lo que daría por tener lo que tú.

—¡Pero si ya lo tienes!

—¿Qué dices? —La miré extrañado—. ¿Crees que si tuviera algo como esto estaría aquí esforzándome en entenderlo? Quiero decir, he tenido sueños que se parecían a esto, pero...

—Sergio, esos sueños, además de los vacíos blancos a los que se va tu mente..., todo se debe a tu propio universo. Lo tienes, solo te faltaba saberlo. Sé que lo tienes porque puedo sentir otros universos ajenos al mío. Lo sentí antes, en la cafetería, y al verte cerrar los ojos se hizo más intenso, así que supe que eras tú. No quería que causas el pánico desapareciendo delante de todos. Menos mal que saliste.

—¿Desapareciendo?

—Claro. ¿Dónde crees que estuve después de morir mi madre? No me fui de vacaciones, simplemente aparecí aquí. Así fue como lo descubrí. Al principio yo tampoco lo entendía. Hasta que me di cuenta de que yo lo controlaba. Al estar aquí ninguno de los dos estamos allí. Ahora nadie sabe dónde estamos, solo tú y yo. Ni lo sabrán ni nos podrán encontrar jamás, ya que aquí solo entra quien entra conmigo.

—Entonces yo también podría estar en algo como esto, solo que sería mío, ¿no?

—Pues claro. Sabía que no eras muy listo, pero esto no me lo esperaba. —Se rio a gusto.

—No te pases conmigo. Tú mejor que nadie deberías saber que no es fácil de creer.

—Está bien, tienes razón. No es fácil la primera vez. ¿Por qué no lo intentas? Salgamos.

Dési me tomó de la mano y en un abrir y cerrar de ojos estuvimos de nuevo afuera, en la realidad, la de verdad. Ya no sabía cómo llamarlo, después de descubrir lo que había descubierto tendría que redefinir mi vocabulario. Nos encontrábamos de nuevo en el portal de antes, solo que del lado de dentro, más resguardados.

—Venga, inténtalo tú. Llévanos a tu universo. —Me apretó la mano que aún seguía unida a la suya.

—¿Yo? Pero ni siquiera sé si tengo un universo. No tengo ni idea de esto.

—Sí que lo tienes. Ya te lo dije. Tú solo..., tú concéntrate y trata de ir allí. La verdad, no sé cómo explicártelo mejor, no existen instrucciones para esto.

—Vale, pero... ¿y tú?

—Yo entraré también siempre y cuando esté contigo. —Alzó nuestras manos

unidas.

—Está bien.

Cerré los ojos tratando de concentrarme, pero la mano que tenía cogida a la de Dési me hormigueaba y no era capaz. Intenté ignorarlo y concentrarme en irme a un sitio que solo fuera mío situado en algún lugar de mi cabeza. Era a mi mente a lo que quería ir. Pero por más que lo intentaba, no podía. Aunque empezaba a sentir la familiar sensación de vacío blanco...

—Sigue así. Lo estás haciendo muy bien.

Oí a Dési en algún lugar fuera de mí. Pero al escuchar lo que me decía me desconcentré y dejé de sentir lo que estaba sintiendo.

Abrí los ojos y la miré. Pasó algo muy extraño. Parecía que no la veía desde hacía mucho tiempo y me perdí en sus ojos y su mirada.

—¡Qué lástima! Ibas tan bien... Debería haberme quedado callada. ¡Eh, Sergio! ¿Me escuchas?

Salí de mi ensimismamiento.

—Sí, sí. Te escucho.

—Podía sentirlo, ¿sabes? Estuviste a punto de conseguirlo. —Ella siguió como si nada—. Casi podía verlo. Pero no te preocupes, sé que es difícil. Lo conseguirás.

—Gracias.

—Bueno, debo irme. Solo una cosa más. No se lo cuentes a nadie, ¿vale?

—Vale —respondí automáticamente, todavía estaba un poco atontado.

—Oye, ¿estás bien? Puedo quedarme si lo prefieres.

—No, no. No hace falta. Vete.

—¿Seguro?

—Sí. Yo también me voy a casa. Quizá practique.

—Hazlo y lo conseguirás. Bueno, nos vemos.

—Sí, nos... —alcancé a decir antes de verla desaparecer. Fue tan desconcertante como cuando la vi aparecer momentos antes, y eso que ahora sabía lo que pasaba. Más allá de eso, su actitud conmigo no dejaba de cambiar y de sorprenderme.

Habían pasado muchas cosas nuevas para mí y debía analizarlas poco a poco. Ahora mi

mente era un revuelto de pensamientos e ideas. En ese momento quería meterme en mi universo para tener un lugar tranquilo donde pensar, pero estaba tan cansado que mi mente y mi cuerpo se negaban a colaborar en la concentración. Aunque lo intenté varias veces, no dio resultado. En el fondo pensaba que no lo conseguiría. Esas cosas no pasaban de verdad.

En mi cabeza, una cosa, mejor dicho *una persona*, destacaba sobre las demás. Désirée. Ella me había enseñado que la palabra imposible no existía. Otra palabra más que debía cambiar en mi vocabulario. En su mundo todo era posible y, lo mejor de todo, era real. Tan real como ella quisiera que fuese. Y me había convencido de que yo podía hacer lo mismo que ella. Que para mí tampoco era imposible. Que podía tener mi propio universo y hacer todo lo que quisiera con él.

Lo intenté una vez más a solas en mi cuarto. Cerré los ojos, me olvidé de todo. Me concentré en salir de la realidad, en irme a otro lugar. A algo que era solamente mío. Otra vez la sensación de vacío. Todos los sonidos y las cosas que me rodeaban se volvían lejanos. Empezaba a sentir que flotaba, que me iba.

Entonces sonó el teléfono. Me sentí caer en la cama. ¿Lo había conseguido? ¿Me había ido aunque fuese por unos instantes? Maldije al teléfono y a quien hubiese llamado. Descolgué malhumorado.

—¿Quién?

—Sergio, soy Laura.

—Laura. —Cambié el tono de voz en seguida—. ¿Qué tal?

—¿Qué tal tú? Te llamaba para saber cómo seguías. Como me dijiste que te sentías mal y luego te fuiste sin más...

—Ah, gracias. Estoy mejor. Siento haberme ido así.

—No pasa nada, Sergio. Esta vez está justificado. —Se hizo un pequeño silencio—. Oye, se me ocurre que si quieres puedo pasarme por tu casa un rato, para que no estés solo.

—No te preocupes. Mi madre y mis hermanos están aquí.

—Sí, porque los dos sabemos que son una gran compañía, ¿verdad?

Laura sabía que todos en mi familia éramos muy independientes y cada uno iba a su bola. Bueno, todos menos yo, que consideraba a mis amigos más familia que la biológica.

¡Qué rabia! Para una vez que quería estar solo y Laura quería estar conmigo. Yo sabía que lo hacía por mí, porque pensaba que yo querría estar con alguien. Y no sabía

cómo decirle que no. Yo quería seguir intentando lo del universo. Pero no me quedó alternativa.

—Cómo me conoces... Bueno, pásate cuando quieras.

—En un momento estoy allí.

Tampoco me importó tanto. Tenía toda la noche para intentarlo y Laura solo estaría un rato. Además, me gustaba estar con ella. Sería agradable estar un rato sin presiones ni malas miradas, sin tener que ocultar secretos... Bueno, eso era antes. Cuando no tenía nada que ocultarle.

Entre nosotros nunca hubo secretos, al menos por mi parte. Pero ahora no podía contarle lo del universo mental. Por un lado, porque no me creería, y por otro, porque no era mi secreto. Y aunque quisiera contárselo tampoco podría demostrárselo porque no era capaz de llegar a mi propio universo. Ella no lo entendería.

Mientras pensaba de qué íbamos a hablar sonó el timbre. Bajé como un rayo a abrirle para que mi hermano Álvaro no la molestara otra vez, pero llegué tarde. Él ya estaba en la puerta hablando con ella. No me paré a escuchar y cogí a Laura del brazo.

—Bueno, hasta luego, Álvaro —dijo Laura.

—Hasta luego, guapa.

Subimos por las escaleras.

—Siento lo de mi hermano. Creo que mi madre se cayó cuando estaba embarazada de él.

Laura se rio de mi chiste, aunque fuese malo, y subió conmigo a mi cuarto.

—Pero si no ha hecho nada malo —defendió ella antes de olvidarse completamente del tema—. ¿Qué hacías?

—La verdad, nada. Solo me tiré en la cama. No tenía ganas de nada.

—No tenías buena cara. Estabas como ido.

—Ya. Pero bueno, ahora estoy mejor. ¿Les dijiste a los demás lo que me pasaba?

—Sí, tranquilo. Nadie te echará la bronca.

—Supongo que con nadie te refieres a Marta, ¿no? Ya sé que Christian, Juan y Dani no me van a decir nada por ponerme enfermo. Solo Marta es capaz de eso.

—Ni siquiera ella. Parece que su chispa de humanidad saltó en ese momento y comprendió que no estabas bien.

—Menos mal, lo único que me faltaba era que se cabreara por eso después de lo que me costó que me volviese a hablar por lo de la otra vez.

—Creo que es por Christian, la ablanda. Hiciste bien en dejarles salir.

—Ya. Creo que es la mejor acción que he hecho en mi vida. —Nos reímos los dos.

Y yo me preocupaba porque tendría que pensar algo de qué hablar... Era muy fácil hablar de cualquier cosa con ella. Me costaba muchísimo no contarle lo que me estaba pasando, además me moría de ganas porque empezaba a considerarla mi mejor amiga y quería compartirlo todo con ella, pero no podía.

Intentamos escribir un par de canciones que terminaron en la papelera de lo malas que eran. Lo nuestro era la guitarra y Laura no cantaba nada mal, así que interpretamos las pocas canciones que ya teníamos. Ella cantaba y yo tocaba.

No nos dimos cuenta de lo tarde que era porque lo pasamos bien haciendo unas cosas y otras; perdimos la noción del tiempo hasta que ella se puso seria.

—Sergio. En realidad hoy quería venir para decirte algo.

—Dime —le dije sonriendo.

—No sé si hago bien, pero prefiero aceptar las consecuencias de mis actos que arrepentirme para siempre por no haber hecho esto.

Yo no entendía nada hasta que se acercó a mí y me besó.

## IO

Ahora sí que estaba hecho un lío. Yo pensaba que lo sabía todo de Laura. Aunque siempre dudé sobre lo que sentía por ella, no sabía que ella tenía claro lo que sentía por mí. Además me lo había dejado muy claro. Y no se arrepintió por haberme besado.

Cuando me besó, al principio me quedé parado, pero luego me uní a ella y también la besé. Sus labios eran dulces. Yo quería que siguiera. Pero ella se apartó, me miró fijamente y me dijo:

—No tienes que contestarme nada ahora. Solo piensa qué es lo que quieres. Por encima de todo yo siempre voy a ser tu amiga, eso no va a cambiar, decidas lo que decidas.

En ese momento quedó visible la confianza que había entre nosotros porque me dijo eso sin ningún tipo de vergüenza. De todas formas yo no sabía qué contestarle. Miles de frases pasaron por mi cabeza, pero ninguna me parecía lo bastante buena, y ninguna llegó a su destino.

—Mañana nos vemos, Sergio. —Se acercó a mí una vez más y me volvió a besar. Pero esta vez fue un beso fugaz en los labios.

—Adiós, Laura. —Ella ya se iba, pero yo la cogí de la mano y la abracé con fuerza. Como si nunca más la volviese a ver. Después de un momento, se deshizo de mi abrazo y se fue.

La vería al día siguiente, pero me dejó un vacío tan grande como si se hubiera ido para siempre. Lo que más me temía había ocurrido. Tenía que decidir si quería a Laura como amiga o como algo más. Ella me gustaba, estaba claro. Pero ¿la quería de la misma forma que ella a mí?

Luego también estaba Désirée. Me empeñaba en decirme a mí mismo que no me gustaba de esa manera, pero mi cuerpo no decía lo mismo cuando estaba con ella.

Además, ella había compartido conmigo lo que no había compartido con nadie. Puede que no tuviese más remedio, pero al final no dudó en confiar en mí. De todas formas estaba seguro de que ella no me veía del mismo modo.

Y también adoraba mi libertad. Había tenido a muchas chicas, pero nunca me habían durado mucho. Estaba feliz solo. Y si salía con Laura, no podría hacer con ella lo que hacía con las demás. Jamás le haría daño de esa forma. Si decidía salir con ella sería para empezar algo serio.

Estaba tan triste y confundido que cerré los ojos y deseé más que nunca irme a un sitio donde evadirme de todo aquello.

—Sergio —gritó mi madre desde el piso de abajo—. A cenar.

No conseguiría meterme en mi universo por esa noche. Si es que lo tenía.

Más tarde, ya en cama, no pude pegar ojo. Pensaba en todo lo que había ocurrido en el día. Desde luego habían pasado muchas cosas en poco tiempo. Y yo pensaba en todo a la vez. En Laura, en Dési, en un universo alternativo. No podía dejar de darle vueltas. Empezaba a amanecer cuando me dormí y al rato tuve que despertarme para ir al instituto sin saber qué decirles ni a Laura, ni a Dési ni a nadie.

Decidí esquivar a todo el mundo. El que estuviéramos en grupo en los ratos libres era un respiro para mí. Así no tenía que quedarme a solas con nadie ni contestar preguntas para las que aún no tenía respuesta.

Al acabar la jornada me di cuenta de que no me había enterado absolutamente de nada de lo que había pasado ese día. Había estado todo el rato absorto en mis pensamientos. Vi al grupo de Désirée, caminaban unos cuantos metros delante de mí. Ella se rezagó para quedar a mi altura y me preguntó si había avanzado algo con mi universo.

—Aún no, Dési. Ayer me fue imposible. Tuve muchos imprevistos y me fue imposible concentrarme.

Me miró de una forma extraña.

—¿Qué pasó?

—Nada. Da igual.

—Bueno, sigue practicando. Lo conseguirás.

Después se fue corriendo para alcanzar a sus amigos. Decididamente no sentía ni el más mínimo interés por mí. Solo quería ayudarme con eso que ella creía que yo tenía y después pasaría de mí. Quizá fuera mejor así.

Al llegar a mi casa lo primero que hice fue llamar a Laura. No sabía todavía qué le iba a decir, pero no podía dejarla así. Quedé con ella esa misma tarde.

Fui a buscarla a su casa y caminamos sin decirnos nada hasta llegar a un parque. Al llegar allí me di cuenta de que estaba al lado del jardín desde donde entré por vez primera al universo mental de Dési.

—Sergio. Aún no me tienes que decir nada. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras. Yo no voy a cambiar mi manera de ser contigo tanto si me dices que sí como si me dices que no.

—Laura... La verdad que no sé ni qué decirte. Me gustas muchísimo y te quiero un montón. Pero no sé si quiero perder la relación que tenemos ahora por algo que yo pueda estropear en un futuro.

Miré hacia otro lado. Era demasiado cobarde para mirarla a la cara mientras la rechazaba. ¿La estaba rechazando? No me lo podía creer. Me odiaba a mí mismo.

—Sergio. Pase lo que pase entre nosotros nuestra amistad no va a cambiar. Eso te lo prometo.

—Yo... necesito pensarlo un poco más. Lo siento. Te quiero demasiado para tomar una decisión precipitada. Odiaría hacerte daño.

—Pues claro, Sergio. Todo lo que necesites. Antes que nada soy tu amiga.

Me abracé a ella. No podía creer que me lo dijera de forma tan natural. Por lo general, cuando las chicas me decían cosas así, siempre se ruborizaban. Laura me lo decía de una manera tan normal como si me estuviera hablando del tiempo.

—Sergio. Tengo que estudiar muchísimo. Nos vemos mañana. ¿Vale?

—¿Ya te vas?

—No pienses que estoy huyendo. De ti no lo haría, pero de verdad tengo cosas que hacer. Si quieres podemos estudiar juntos, pero ni tú ni yo nos vamos a concentrar.

—Tienes razón. Hasta mañana, Lau.

—Adiós, Sergio. —Me besó en la mejilla y se fue.

Yo, que hasta hacía nada era el triunfador del instituto y era feliz, ahora estaba hecho polvo. Me encontraba con mi vida que se había complicado en apenas dos semanas.

De camino a mi casa Dési se apareció ante mí, asustándome. Lo único que me faltaba, un ataque al corazón que ya estaba bastante dañado.

—Hola, te estaba buscando.

—¿Para matarme? —dije poniéndome una mano en el pecho.

—Más bien no. —Se rio—. Vengo a apoyarte. Hoy he visto que te hace falta un buen refugio mental y vengo a ayudarte a llegar a él. Hoy lo he estado sintiendo casi todo el tiempo. Venga, dame la mano, cierra los ojos y concéntrate en llegar allí.

Cansado de todo, decidí hacerle caso. Necesitaba fervientemente un poco de paz. Cerré los ojos, me concentré como ella me había dicho y no hice caso a nada más que a mi mente.